

¿POR QUÉ SE FASTIDIA TODO AL CUMPLIR LOS 17?

Eloy M. Cebrián



LOS LIBROS DE EL PROBLEMA DE YORICK

**¿POR QUÉ
SE FASTIDIA TODO
AL CUMPLIR LOS 17?**

ELOY M. CEBRIÁN

SINOPSIS

¿Qué ocurre cuando, recién cumplidos 17 años, una descubre que acaba de enamorarse como una tonta de uno de sus profes del instituto? La respuesta está en esta novela, que narra la historia de Lola, una guapa chica de primero de bachillerato que, el día de su cumpleaños, despierta con la sensación de que algo muy especial está a punto de ocurrirle, tal vez su primera historia de amor. Lo que no puede imaginar es que esa historia tendrá como protagonista a David, su nuevo profesor de Filosofía, y que las consecuencias van a suponer un auténtico cataclismo en una vida en la que, hasta ahora, todo le ha sonreído.

Y para complicar las cosas aún más aparece en escena Pedro, un compañero de clase enamorado de Lola en secreto. Y también el Heavy, su inseparable camarada, un muchacho inconformista y algo cínico, pero a la vez sensible y tremendamente inteligente. ¿Qué pasará cuando el Heavy decida convertirse en el consejero amoroso de su tímido amigo? ¿Cómo acabará todo este embrollo?

El drama está servido, y también la diversión.

Un puñado de personajes inolvidables con los que os jóvenes lectores se identificarán sin la menor dificultad. Una historia narrada con desenfado y valentía que supone un auténtico soplo de aire fresco en el panorama de la literatura juvenil.

*¿Qué es lo que ocurre al cumplir 17 años? ¿Por qué se fastidia todo de repente?
Atrévete a descubrirlo.*

ÍNDICE

[Nota inicial](#)

[Capítulo 1: El nuevo de filosofía](#)

[Capítulo 2: Springsteen y Cyrano](#)

[Capítulo 3: El centro de la telaraña](#)

[Capítulo 4: Final de trimestre](#)

[Sobre el autor](#)

© **Eloy M. Cebrián**

Primera edición en papel, abril 2015
Edición digital en Amazon Kindle®, mayo 2016

Edita:
Asociación cultural
Los Amigos de Yorick
Cl. Zapateros, 36 - 02005 Albacete
www.eloymcebrian.com/yorick

Diseño de la cubierta:
El Problema de Yorick

Depósito legal (edición en papel):
AB 77-2015

ISBN (edición digital):
978-84-606-5450-6

Web del autor y edición en papel:
<http://www.eloymcebrian.com/yorick>

La reproducción total o parcial de este libro sin autorización del autor viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

NOTA INICIAL

Esta historia transcurre en la década de los 90 del siglo pasado. Eso quiere decir que los chicos y chicas que la protagonizan apenas usan internet, carecen de teléfono móvil, no tienen ni idea de qué es una red social ni chatean por whatsapp. Los «tatoos» solo los han visto en las películas. En cuanto a los «piercings» (que todavía no se llaman así) les parecen cosa de punkies, y lo de taladrarse la nariz, la lengua o una ceja ni siquiera se les ha pasado por la imaginación. La música solo pueden obtenerla en forma de CD, y es necesario pagar por ella con una moneda antigua llamada «pela» (para entendernos, «mil pelas» equivalen a unos seis euros). Puede que a un chaval de instituto de ahora los personajes de esta historia le parezcan trogloditas. Para mí, tras 25 años en la enseñanza, son esencialmente iguales a los chicos de ahora. Muchos de ellos tienen parejas, hijos e hipotecas. Otros quizás hayan seguido caminos menos convencionales. Pero todos han descubierto que, conforme los años transcurren, la vida se vuelve mucho más extraña y complicada que cuando se acaban de cumplir los 17.

Capítulo 1

EL NUEVO DE FILOSOFÍA

El día de su cumpleaños, muy de mañana, Lola se miró al espejo y le gustó lo que vio. Su rostro era armónico, sin estridencias. La nariz, recta, ni muy larga ni muy corta, nada que ver con esas narices respingonas y sin personalidad que se veían en las series de televisión. Los ojos eran castaño claro —ojos color miel, como decía su madre—, ribeteados por espesas pestañas. «Son bonitos», pensó mientras reprimía el deseo infantil de tenerlos azules. «Y saben mirar». Sus pómulos eran altos y distinguidos, sobre todo desde que el paso a la pubertad había hecho desaparecer la capa de grasa superflua que redondeaba sus mejillas. Los dientes, blancos e igualados, ni siquiera habían necesitado de ortodoncia para adquirir su fabuloso aspecto. Tras ensayar un par de sonrisas, Lola llegó a la conclusión de que se parecía a Sandra Bullock, con hoyuelos incluidos. Pero era su cabello lo que más le gustaba. Incluso despeinado como iba, este se derramaba en hermosas ondas oscuras hasta más abajo de los hombros, un marco adecuado para una cara tan agraciada como la suya. Quizás las tenues pecas que se insinuaban sobre su nariz desentonaran algo del conjunto. «No importa», pensó Lola encogiéndose de hombros. «Con un poco de maquillaje apenas se ven y, además, a los chicos les hacen gracia». Antes de desvanecerse tras una nube de vapor, la muchacha del espejo le devolvió una sonrisa de satisfacción. Sus recién estrenados diecisiete años habían hecho realidad muchas promesas.

Sin embargo, cuando se quitó el pijama para darse una ducha, su entusiasmo disminuyó de forma considerable. Sus pechos le parecían pequeños. Algunas de sus amigas los tenían enormes, tan grandes que los chicos a duras penas podían dejar de mirarlos. Los suyos, en cambio, eran apenas del tamaño de dos pelotas de tenis. Lola limpió el vapor de la superficie del espejo y retrocedió un par de pasos. Sí, no cabía duda de que su busto no llamaría nunca la atención, al menos en su estado actual. «Si mamá me dejara ponerme un sujetador de esos que

las levantan», suspiró a sabiendas de que sus deseos chocarían con la incompreensión materna.

Tras situarse bajo el chorro de la ducha, Lola comenzó a enjabonarse muy despacio, como si se estuviera acariciando, demorándose en volúmenes y redondeces que habían brotado donde antes no había más que el cuerpo liso y esquemático de una niña. Aquella mañana del día de su cumpleaños Lola tenía la sensación de estar estrenando su cuerpo. Y también su vida, una vida que parecía son-reírle en casi todo, como si la hubieran hecho a medida para ella: era guapa, alta, tenía buen tipo, sabía ser simpática cuando había que serlo y sería cuando tocaba, sus padres estaban orgullosos de ella, sus profesores la ponían por las nubes, sus compañeras se disputaban su amistad y los chicos... los chicos se daban bofetadas por cambiar unas cuantas palabras con ella. No, no era presunción, sino pura y simple objetividad.

Tras secarse y aplicarse unos leves toques de maquillaje en los ojos y los labios, Lola volvió a su habitación para enfundarse en unos vaqueros ajustados que acentuaban el atractivo contorno de su trasero, y ponerse un suéter amplio que disimulaba la pequeñez de sus pechos. Después bajó a la cocina.

Sentado a la mesa, su padre sorbía café y fumaba su tercer cigarrillo de la mañana. Su expresión era seria, algo habitual desde que los resultados de las últimas elecciones lo habían despojado de su cargo de concejal. Las noticias locales zumbaban en el aparato de radio: «El pleno municipal, reunido ayer, acordó una subida de tasas...».

—¡Mira dónde han quedado tantas promesas! —exclamó su padre sin aguardar el final de la noticia—. ¡Serán hijos de... !

Su madre lo interrumpió con un gesto desde el otro extremo de la mesa. El hombre miró en dirección a su hija y su cara se iluminó.

—¡Lolita! ¡Hija! —le dijo poniéndose de pie para abrazarla—. ¡Diecisiete años como diecisiete soles! Y parece que era ayer cuando todavía te hacías pipí encima.

Lola se escabulló como pudo del abrazo de su padre. Aquellas confianzas con una hija y a mayor la molestaban. Y, además, estaba esa manía de seguir llamándola Lolita a pesar

de sus protestas. Llamarse Dolores y a era bastante cruz. ¡Ojalá nunca hubiera existido una legendaria dirigente comunista llamada Dolores Ibárruri «la Pasionaria»! ¡Y ojalá sus padres no hubieran sido tan rojeras de jóvenes! (a ella le interesaba poco o nada la política). Se habría conformado con un nombre normal: Esther, Marta, Isabel, uno de esos nombres que llevaban las chicas de su edad. ¡Pues no! ¡Tenía que ser Dolores! Y encima Lolita, para más inri. Su padre la llamaba así desde los doce años, como una especie de broma privada a la que ella no le veía la gracia. «Es que me recuerdas a la protagonista de una novela que me dejó un camarada del Partido cuando estábamos en la clandestinidad. Era un libro prohibido, ¿sabes?», le confesó un día. «Pues déjame leerlo, por lo menos», le pidió ella. Por algún motivo, su padre se puso colorado y no quiso hablar más del asunto. A Lola le hacía gracia que sus padres se las dieran tanto de progres cuando, en la práctica, eran tan moralistas como aquellos a los que desdeñosamente llamaban «fachas». Ella, por supuesto, se había hecho la solemne promesa de leer el libro a escondidas en el momento en que pudiera hacerse con él.

—Felicidades, Lola —dijo su madre tras darle un beso—.

¿Qué planes tienes para celebrar tu cumpleaños?

—Bueno... —vació la chica—. Voy a salir esta noche con la gente de clase. Y había pensado que por ser hoy mi cumpleaños podría volver a casa más tarde.

—¿No te parece que la una y a es bastante tarde? —preguntó su padre frunciendo el ceño—. Además, después de esa hora no hay más que gentuza por la calle.

—¿Gentuza? —replicó Lola desafiante—. A todas mis amigas les dejan volver a casa después de las dos. Por no hablar de los tíos, que vuelven cuando les da la gana. ¿Y qué me decís de vosotros dos? Cuando salís los fines de semana no se os ve el pelo hasta las tres o las cuatro de la mañana. Y supongo que no os consideráis gentuza, ¿verdad?

Su padre reprimió un taco y pareció contar mentalmente hasta diez. Después le dirigió a su mujer una mirada desvalida.

—No, hija. No nos consideramos gentuza —dijo la madre de Lola en tono conciliador—. Pero intenta comprender a tu padre. Ocurren tantas cosas...

—Venga, no exageres, mamá. Esta es una ciudad pequeña. Aquí nunca pasa nada. Algunos chicos se ponen hasta las patas de beber y se les va la pinza, pero a mí ese rollo no me gusta. Ya me conocéis. Además, la marcha empieza a partir de medianoche. Antes está todo muerto.

—Pregúntale a tu padre. Yo ya sé que nos podemos fiar de ti.

—¿Papá?

—Vaaaaale —transigió por fin el hombre—. Pero luego no me echas la culpa si la carroza se te convierte en calabaza. Y tómate ya el desayuno, que vas a llegar tarde a clase.

Al cabo de diez minutos, Lola salía de su casa camino del instituto. El aire de aquella mañana de febrero era tan frío que mordía, lo que la obligó a subirse hasta el cuello la cremallera de su cazadora. Con un gesto mecánico, abrazó sus libros y carpetas, como si quisiera proteger su intimidad de miradas curiosas. Instantes después se ponía en marcha, ansiosa por observar el mundo desde la atalaya de una persona de diecisiete años o, lo que es lo mismo, desde la perspectiva de una adulta.

* * *

Pedro y el Heavy conversaban junto a la puerta del instituto. Eran tan distintos que los que pasaban por allí se sorprendían de no verlos enzarzados en una pelea.

La apariencia de Pedro era convencional, incluso «pija», como afirmaban las malas lenguas. Llevaba el pelo corto, impecablemente peinado. Iba ataviado con un jersey de cuello de pico, amplios pantalones de franela gris, una pulcra camisa azul claro y abrigo Loden de esos que llegan hasta las rodillas. El toque final lo daban unos zapatos negros con cordones, tan brillantes como recién salidos de la tienda, y una cartera de cuero a juego. «Da miedo tenerlo en clase», bromeaban algunos profesores. «Parece un inspector de Hacienda».

El Heavy, en cambio, era uno de esos adolescentes a quienes los adultos biempensantes jamás perdonan una mirada de desdén. Algunas señoras incluso se cambiaban de acera para evitar cruzarse con él, lo que divertía enormemente al muchacho. Su cabello, largo y lacio, estaba recogido en una

coleta. Llevaba ambas orejas taladradas por al menos cinco pendientes, y su dedo anular estaba adornado con una sortija en forma de calavera con dos circonitas rojas a modo de ojos. Su cazadora era de cuero negro, del tipo «motero», con cremalleras y remaches en los sitios más insólitos. Bajo la cazadora, una camiseta negra ilustrada con escenas apocalípticas proclamaba que el Heavy era un admirador del grupo Iron Maiden. Sus vaqueros, ceñidos como una segunda piel, consistían en un curioso collage de rotos, descosidos y parches de tela escocesa. En cuanto a sus pies, los llevaba acorazados con enormes botas de la marca Doc Martens, del tipo que usan los *hooligans* británicos para pa-tearse mutuamente. No había un solo detalle casual en su indumentaria. Según el Heavy, aquel estudiado desaseo y su agresiva apariencia volvían locas a las tías que le «molaban» y espantaban a las «pijas».

Pedro y el Heavy eran tan diferentes que parecían especímenes de distintas especies. Sin embargo, eran inseparables desde el parvulario. Así son las cosas.

El Heavy apagó su pitillo en la suela de su bota y se guardó la porción restante.

—Para luego. Mis viejos me tienen pillao de pasta, colega.

—Vas ponerte malo si sigues fumando —le dijo Pedro en tono severo—. Da cáncer.

Su amigo le mostró el dedo corazón de su mano derecha apuntado hacia el cielo.

—¡Mira lo que te digo del cáncer, tío! Además, de algo hay que palmarla. Un parado menos. El INEM me lo agradecerá.

—Pero si nadie fuma y a —insistió Pedro—. No está de moda.

—¿Me vas a enseñar tú lo que está de moda o no, tío? Aplícate tú el cuento, para empezar. Mírate. Si pareces mi viejo.

—Elegancia, pura y simple.

—¿Elegancia, so membrillo? —contraatacó el Heavy con fingida indignación—. Lo que eres es un antiguo. Si hasta te cuelgas por las tías. Y encima por las que pasan de ti. Por cierto, mira quién viene por ahí.

La cabeza de Pedro giró como impulsada por un resorte, tal vez porque el muchacho tenía un presentimiento. Como una

respuesta a sus deseos, Lola avanzaba hacia ellos, toda sonrisas y hoyuelos.

—¡Dios qué bueeena está! —murmuró el Heavy entre dientes y haciendo silbar mucho las «eses»—. Un poco lisa, a lo mejor. Pero lo que es buena, está un rato. ¡Venga, colega, dale caña!

Pedro hubiera querido asesinarlo en ese mismo instante. En vista de la proximidad de la chica, se limitó a dedicarle una mirada asesina.

—¿Qué hay, tíos? —dijo Lola exhibiendo su perfecta dentadura—. Viernes por fin, ¿eh?

—Hola... viernes... sí... qué bien —apenas acertó a decir Pedro mientras su rostro comenzaba a colorearse con la gama completa de los rojos. Mientras tanto, el Heavy se cubrió la boca para disimular una sonrisa burlona.

—¿Sabéis si viene hoy «el Toloveo»? —preguntó Lola.

—¡Qué va! —repuso el Heavy—. Seguro que ya anda camino del manicomio. Ya os lo venía diciendo yo desde octubre: «Este tío está para que lo encierren. Este tío no acaba el curso».

—Pobre hombre —suspiró Lola—. A mí me daba pena.

—A mí también —dijo Pedro, dispuesto a secundar cualquier cosa que ella dijera.

—Pues a mí no —sentenció el Heavy con un bufido—. Que se joda, que bastante nos ha jodido él a no-sotros.

Hablaban de su profesor de Filosofía, ausente desde hacía más de dos semanas. Don Tolomeo Landete era un hombrecillo calvo, gris, barrigudo y colérico que había consagrado su vida al tormento sistemático de muchas generaciones de estudiantes. Su bizquera era célebre, casi legendaria. Se decía que podía barrer de un solo golpe de vista un campo superior a los 160 grados, lo que le había valido el mote de «Toloveo». Aquella feliz ocurrencia, y a lejana en el tiempo, prosperó de tal forma que nadie, ni siquiera sus propios compañeros, lo llamaba y a por su verdadero nombre. En cuanto a la naturaleza de la enfermedad que lo mantenía alejado de las aulas, solo cabían conjeturas. Algunos afirmaban que un ataque de rabia, más agudo si cabe que los habituales, lo había sumido en un coma profundo e irreversible. Según otros «el Toloveo»

había abusado de su cargo de secretario y se había largado a Sudamérica con el presupuesto anual del centro. Pero todos coincidían en que el denostado profesor de Filosofía había pasado ya a la historia, y era un hecho que nadie lo echaba de menos.

—Igual mandan hoy a un sustituto —dijo Pedro mientras contemplaba a Lola con una sonrisa bobalicona—. Vamos muy atrasados en la programación.

La chica asintió, consciente de la admiración que estaba provocando, y se apartó un mechón de la frente con coquetería. Cuando se disponía a añadir algo, se oyó el timbre de entrada a clase.

—¡Ag! —exclamó el Heav y simulando una arcada—. ¡El putito timbre! ¡Venga! ¡Todos a la sala de despiece!

Lola abrió la marcha escoltada por ambos muchachos. Pedro caminaba junto a ella, mientras que el Heav y mantenía una respetuosa distancia. Mientras trasponían la gran verja de hierro de la puerta y emprendían el ascenso por la escalera de mármol —más bien escalinata—, la muchacha miró a su alrededor y pensó una vez más que le encantaba su instituto. Y, verdaderamente, poco tenía que ver aquel bello edificio con las feas construcciones de hormigón y ladrillo donde se ubicaban los otros centros de la ciudad. No, aquel instituto tenía empaque, distinción... y setenta años de historia a sus espaldas. Los altísimos techos estaban decorados con molduras y artesonados. En los pasillos se podía disputar un partido de fútbol en condiciones reglamentarias —los alumnos más jóvenes a menudo lo intentaban—. Había ventanales semejantes a los de las catedrales góticas, zócalos de artístico azulejo, tragaluces por los que el sol se filtraba a través de vidrieras de colores, capiteles de orden corintio, relieves de la diosa Atenea y los Siete Sabios de Grecia... En fin, que a nadie le habría parecido extraño ver unas cuantas gárgolas asomarse por el tejado.

En opinión de Lola, los laboratorios resultaban especialmente fascinantes. Eran como los decorados de una vieja película de terror con monstruo y científico loco. Allí podían encontrarse esqueletos humanos auténticos, macabros modelos anatómicos de pavoroso realismo, especímenes

zoológicos disecados, matraces, probetas, serpentines, incluso extrañas criaturas marinas conservadas en formol. Y para que no faltara ni un solo detalle de ambientación gótica, en el instituto abundaban los corredores estrechos y lóbregos, los rincones secretos, las habitaciones cerradas y polvorientas, las escaleras de caracol, los sótanos húmedos semejantes a mazmorras de la Inquisición y, por supuesto, las arañas y los roedores. Se decía que, por las noches, cuando el último conserje se había marchado, podían oírse desde la calle los alaridos de los espectros que lo habitaban, las almas en pena de los estudiantes que jamás habían conseguido el aprobado.

Si el edificio era vetusto y solemne, los profesores que allí impartían su ciencia no le andaban muy lejos. Entre aquel grupo crepuscular de artríticos y reumáticos, cualquier miembro del claustro que distara más de diez años de la edad de jubilación representaba una nota discordante. No en vano el centro era popularmente conocido como «el cementerio de los elefantes», si bien algunos preferían la denominación más moderna de «Parque Jurásico».

La clase de Lola y los dos chicos estaba situada en el tercer piso. Tal y como mostraba el rótulo de la puerta, su denominación oficial era «1º Bach A», lo que traducido al cristiano significaba «primer curso de bachillerato, grupo A». Sin embargo, alguien había tenido la ocurrencia de garabatear bajo este rótulo otro que rezaba SALA DE DESPIECE, y así era como todos hablaban de su aula.

La aparición de Lola causó un gran revuelo entre sus compañeras, que se pusieron de pie para entonar un desafinado «Cumpleaños Feliz». Esther, una chica gordita y dicharachera, se le acercó y le dijo al oído:

—Ahora y a te puedes ir pensando con quién vas a perder la virginidad.

Más colorada que un fresón, Lola se esforzó por corresponder a una auténtica avalancha de felicitaciones y besos. Entretanto, Pedro no lograba disimular su contrariedad.

—¡Pero tío! —le dijo el Heav y—. ¡Si es su cumpleaños!
¿No lo sabías?

—No —reconoció el muchacho con gesto desolado.

—Pues te has lucido, inútil. ¡Menuda oportunidad más

guapa has perdido para tirarle los tejos!

—Ya —repuso Pedro sin apartar su mirada de las baldosas del suelo.

—¡Venga, subnormal! ¡Muévete! ¡Ve y dale un beso o algo!

—No. Ahora y a no viene a cuento.

El Heavy y miró a Pedro con compasión y decidió no echar más sal en la herida de su amigo. También decidió que, por primera vez en su vida, iba a poner a prueba sus facultades de alcahuete.

En esto irrumpió el profesor de Matemáticas con un ceremonioso «buenos días» y un atronador «¡cállense!». En vista de su cara de pocos amigos, los alumnos de 1º A decidieron obedecer, y la mañana comenzó a arrastrarse perezosamente entre integrales y derivadas.

A segunda hora tocaba clase de Inglés, lo que les supuso un cierto alivio. El profesor de esta asignatura era una de las «notas discordantes» del instituto. No llegaba a los treinta y cinco años (aunque no por ello ninguno de sus alumnos lo habría calificado de joven) y su familiaridad en el trato era tal que se negaba a responder cuando alguien lo trataba de usted. «El de Inglés» era heterodoxo hasta el extremo de lucir un pendiente en la oreja izquierda, por lo que todos, salvo el Heavy, hacían cábalas sobre si era gay, drogadicto o ambas cosas a la vez. Dada su condición de tutor de 1º A, «el de Inglés» a veces les traía noticias sobre el calendario de exámenes, la ausencia de algún profesor o cualquier asunto relativo a la organización del curso. Aunque lo que tuviera que decirles fuera ajeno a su asignatura, «el de Inglés» no abandonaba por ello ese peculiar *Spanglish* en el que se expresaba a menudo:

—A ver, *listen, please. I've got something to tell you* —les anunció hoy al entrar en el aula—. El sustituto de don Tolemeo *has come*, así que no os marchéis *after my class. All right?*

La noticia fue recibida con una mezcla de fastidio y expectación. Durante el breve descanso entre clase y clase, todo eran conjeturas:

—Seguro que es otro carcamal.

—No, hombre. Si es un sustituto, tiene que ser joven.

—Será un peñazo, como todos los de Filosofía.

—Igual es una tía y está buena.

—¡Que no! El de Inglés ha dicho que era un tío.

Y era un tío. Su irrupción los dejó a todos con la boca abierta.

El sustituto del «Toloveo» debía de rondar los veinticinco años, lo que ya era toda una novedad. Pero lo que resultaba de verdad sorprendente era su aspecto, más de músico de rock que de profesor de Filosofía: iba enfundado en cuero negro de pies a cabeza, lucía una larga y cuidada melena, perilla corta a la moda, y un ostentoso aro en la oreja que contrastaba con la humilde —aunque vilipendiada— circonita del profesor de Inglés. Eso sí, había sustituido la guitarra por una pequeña mochila donde transportaba sus libros. Por lo demás, a nadie le hubiera sorprendido verlo arrancarse con un tema de *Guns n' Roses*.

Las chicas sin excepción lo encontraron tremendamente atractivo, pero para Lola fue como si el mismísimo Bruce Springsteen acabara de hacer su entrada en la clase, en carne y hueso y con veinte años menos.

Todos se dieron cuenta de que el nuevo profesor de Filosofía estaba nervioso. Tras pronunciar un casi inaudible «hola», se dirigió hacia su mesa, consciente de ser el blanco de todas las miradas y el argumento de todos los cuchicheos. Tomó asiento, abrió su mochila, sacó un libro, volvió a guardarlo, rebuscó en el interior, se atusó la melena —algunas chicas suspiraron en ese instante—, encontró el libro que buscaba, tosió, carraspeó y, por fin, tras dirigir a la clase una mirada propia de una res en el matadero, comenzó a hablar:

—Me llamo David Rubio —dijo con un hilo de voz que a duras penas llegó más allá de la segunda fila de pupitres.

—¡Más fuerte!

—Decía que me llamo David Rubio —repitió sin poder controlar el temblor de su voz—. Soy el sustituto de don Tolomeo.

—¡Que en gloria esté!

La salida del Heavy fue coreada con carcajadas y silbidos. Mientras la algarabía iba en aumento, el nuevo profesor pareció menguar de tamaño. Lola notó que la indignación le ponía un nudo en la garganta. Cuando, tras reunir todo su coraje, se disponía a levantar la voz para reclamar silencio, vio

que David fruncía el ceño y apretaba las mandíbulas.

—¡Ya vale! —gritó el profesor.

Las risas se detuvieron en seco y fueron reemplazadas por un silencio incómodo. Consciente de que era necesario aprovechar aquella pequeña ventaja, el profesor se puso en pie, dio la vuelta a su escritorio, se sentó sobre él y comenzó a balancear los pies.

—Mirad, chavales —dijo en tono tranquilo—. Vamos a poner las cosas claras. Sé que os parezco un crío, y que no doy ni de coña la pinta de un profe de Filosofía. Naturalmente, se me nota que es la primera vez que doy clase. Y también se me nota que estoy acojonado. —Hubo nuevas risas, aunque esta vez de simpatía. El joven profesor sonrió y una docena de sonrisas de aliento le respondieron—. Voy a pedir os un favor. Veréis. Hace unos pocos años yo estaba sentado ahí, donde vo-sotros estáis ahora.

—¿Y le dio clase «el Toloveo»? —preguntó alguien desde la cuarta fila.

—Pues sí y, como podéis ver, sobreviví. —Más risas—. ¡Vale, vale! Lo que quiero deciros es que me consta lo fácil que resulta tomarle el pelo al profesor novato cuando uno está ahí, entre los demás compañeros. Pero os quiero proponer un trato: aguantadme hoy y, si la clase no os interesa, mañana podéis empezar otra vez con las coñas. Por cierto, me gustaría que me tutearais. Vamos, si no os resulta incómodo.

—¿Va en serio o nos estás vacilando? —lo interpelló el Heavy y sin mostrar un átomo de incomodidad—. ¿Si hoy te hacemos caso mañana podemos montar toda la bulla que queramos?

—Va totalmente en serio —respondió David colocando su mano derecha sobre el corazón—. ¿Hay trato?

—¡Descarao! Bueno, por mí, sí. No sé qué dirán estos.

Todos asintieron con una sonrisa nerviosa, sin estar muy seguros del terreno que estaban pisando.

—Pues empezamos. Vamos a ver...

Cuando, tres cuartos de hora después, sonaba el timbre que anunciaba el final de la clase, los alumnos miraron perplejos sus relojes, sin poder creer que fuera ya la hora del recreo. Durante todo ese tiempo David les había dejado hablar casi con

total libertad. Había hecho preguntas y correcciones, claro está. También había atajado alguna divagación estéril. Pero nadie recibió sermones ni fue tratado con el habitual sarcasmo. La mayoría habían contado con su turno de palabra, y todos, hasta los más escépticos, se habían sentido paulatinamente interesados. Fue como si ellos mismos se hubieran dado la clase.

—¡Tío! —gritó el Heavy desde su asiento—. Eso no es legal. Eso es enseñar a traición.

—Soy inocente —repuso David mientras abandonaba la clase silbando—. Échale la culpa a Sócrates.

El Heavy arrugó el entrecejo. La única cosa en el mundo que le gustaba menos que un profesor era un profesor enrollado.

* * *

Durante el recreo, Pedro se deshacía en alabanzas del «nuevo de Filosofía»:

—¡Ha estado de puta madre la clase! —opinó con entusiasmo—. ¡Vaya diferencia con «el Toloveo»! Si esto sigue así, a lo mejor hasta tú te conviertes en persona.

—No te fíes —dijo el Heavy escupiendo migajas de su bocadillo—. Vale que no ha sido la murga de costumbre, pero un profesor es siempre un profesor. Están en el mundo para dar por saco. Eso lo sabe todo Dios.

—Pero tío...

—Lo que yo te diga. Mucho colegueo y tal, pero verás como el guapito de cara este acaba jodiéndonos la vida, igual que los demás.

—Pero...

—¡Cierra el pico! —le ordenó el Heavy llevándose el índice a los labios—. Y déjame oír lo que dicen las tías.

Se refería a Lola y sus amigas, que aprov echaban el recreo para trazar sus planes para la noche.

—Entonces, de diez y media a once.

—Sí. ¿Qué tal en El Dos?

—¿Qué dices, tía? ¿En El Dos con los colgaos de las litronas? Yo paso.

—¿Y en el Mamá Ya Lo Sabe?

—¿Ahí? ¡Si no van más que pijos!

—¡Ya te vale, tía! ¡Les sacas pegas a todos los garitos! A ver, ¿adónde quieres ir tú?

Esther caviló durante un instante y se giró hacia Lola con expresión traviesa.

—Pues que decida esta, que para eso es su cumpleaños y se va a pagar la primera ronda.

—Bueno —dijo la aludida—, ese sitio que está al lado de la pizzería... Se llama El Melokotón, ¿verdad? Me han dicho que hay mucho de ambiente.

La propuesta de Lola fue aceptada con entusiasmo y por unanimidad. El Heavy, sin embargo, meneó la cabeza con expresión resignada y gruñó por lo bajo:

—Buena está por un tubo, pero ¡qué mal gusto, joder! No podía ser un local cañero, como El Harley o El Heartbreak. No, tenía que ser un garito de esos de «bakalas». En fin, vente conmigo, colega.

Bien a su pesar, Pedro no pudo evitar que su amigo lo arrastrara hasta las inmediaciones del grupo de chicas.

—Disculpen, señoritas —dijo el Heavy afectando la voz y enarcando las cejas como un aristócrata con monóculo—. Ocurre que mi compañero y yo hemos cancelado un plan magnífico con el único propósito de celebrar esta fecha señalada en tan placentera compañía. Imagino que ninguna de ustedes pondrá objeciones a la presencia de dos caballeros de nuestra categoría física y humana.

Las chicas, asombradas ante semejante alarde retórico, se quedaron sin saber qué decir. Todas interrogaron a Lola con la mirada.

—Bueno... —respondió esta por fin—. Sí, claro. Apuntaros.

—Pues no se hable más —dijo el Heavy mientras se alejaba sin soltar a su amigo del cuello—. Ya sabéis: satisfacción garantizada.

Pedro, que durante toda la conversación se había limitado a abrir y cerrar la boca como un pez recién pescado, logró finalmente zafarse del brazo del Heavy y recuperar el habla:

—¡Serás mamón!

Pero su amigo ni siquiera se dignó contestarle.

* * *

La Zona, con mayúscula, era el corazón de la marcha juvenil en la ciudad, un territorio que los fines de semana quedaba vedado para cualquiera que superara los veintitantos años. Quien no acudiera a La Zona el viernes, sábado o domingo —o, mejor aún, los tres días— se convertía en un paria social. Así de sencillo. Docenas de bares de copas, establecimientos de comida rápida y discotecas se repartían solidariamente tres estrechas calles de la parte vieja de la ciudad, y todavía se abrían locales nuevos con cierta regularidad, pues allí había negocio para todos. La aglomeración de adolescentes era casi tan grande en la calle como en el interior de los bares. Las botellas de cerveza y los vasos de plástico de un litro circulaban de mano en mano —y de boca en boca— en constante trasiego, sin reparos ni suspicacias. Allí no existía el «tuyo» ni el «mío», solo el «nuestro». Algunos devoraban hamburguesas y pizzas que pronto quedarían reducidas a un charco hediondo de alcohol y alimentos a medio digerir. Otros muchos preferían darse prisa en «pillar el punto» y se ahorran los preámbulos gastronómicos. Pero todos eran felices y se sentían en paz consigo mismos y con el mundo. Todos salvo quizás los residentes habituales de aquel animado barrio, entre los que el índice de trastornos nerviosos superaba con creces el término medio.

A eso de las once El Melokotón era ya un hervidero. Cualquier adulto habría encontrado espeluznante aquella vorágine, aquella densa mezcolanza de humo, música atronadora, conversaciones a grito pelado y cuerpos jóvenes en estrecho contacto. Para los adolescentes que allí se estrujaban, aquel lugar era simplemente el paraíso. El establecimiento había cobrado merecida fama por tres motivos: primero, era donde más fuerte sonaba el «bakalao», con diferencia; segundo, era el que contaba con los parroquianos más guapos y mejor vestidos; y, por último, era el que ofrecía los mejores chupitos a los precios más asequibles.

El chupito, milagro de la alquimia del siglo XX, consistía

en una mezcla de bebidas alcohólicas servida en un vaso pequeño. La costumbre era apurar el vasito de un solo trago, con lo que el anhelado «punto» solía presentarse en un tiempo récord. Los nombres con que se conocía a estos combinados eran todo un alarde de imaginación: el *tañonazo*, el *dynamita* y el *matxakao* eran algunos de los más corrientes. Otros aludían al mundo del cine, como el *Alien* (1 y 2), el *Antonio Banderas* y el *Freddie Kruger*. Se decía que el chupito denominado el *orgasmo* había recibido su nombre a causa de sus efectos afrodisíacos, lo que lo convertía en una elección muy popular. En cuanto al mejunje conocido como el *cerebro*, sus efectos sobre el organismo o la mente todavía constituían un enigma.

En las profundidades de El Melokotón, Lola y tres de sus amigas se contoneaban al ritmo de un tema de bakalao que sonaba como una sierra para cortar metales. Las muchachas estaban algo achispadas gracias a los tres chupitos por cabeza a cuenta de la homenajead. En cuanto al tema de su conversación, no podía ser otro que su nuevo profesor de Filosofía:

—¡Qué tío más guay! ¡Qué alucine! —se desgañitaba Esther, logrando a duras penas que su voz se alzara sobre el estruendo.

—¿Y qué me decís de lo bueno que está?

—¿Y lo bien que se enrolla?

Mientras sus amigas se deshacían en elogios, Lola guardaba silencio. Ella se consideraba una chica madura y, por lo tanto, razonable. Sabía que encapricharse de un profesor era una actitud infantil, una tontería propia de colegialas. Pero entonces, ¿por qué no había logrado quitarse a David de la cabeza en todo el día? ¿Por qué el solo recuerdo de su voz o de sus gestos le hacía sentir aquel calor en el rostro y aquel peso en el estómago? ¿Es que se había enamorado de su profesor como una niña tonta? Muchas preguntas y ninguna respuesta. Mejor sería intentar olvidarse del asunto y disfrutar de la fiesta. Y, sobre todo, era preciso evitar que sus amigas supieran lo que le bullía en la cabeza. Esther era la más peligrosa. A veces parecía capaz de leerle a una el pensamiento.

—A ti te pasa algo.

Lola dio un respingo. ¡Aquello tenía que ser por fuerza

brujería!

—¿Eh? —dijo haciéndose la despistada.

—Que te pasa algo —insistió Esther—. No has dicho ni mu desde que estamos aquí.

—Nada, tonterías más. Es que me deprime un poco pensar que me estoy haciendo vieja.

—Ya, y a. Que te estás haciendo vieja. ¡Tía, no me vengas con rollos! ¿No será que...?

Durante un terrible instante, Lola consideró media docena de salidas posibles, pero se dio cuenta de que estaba indefensa ante la intuición implacable de su amiga. Entonces alguien reparó en la presencia de Pedro y del Heavy al otro extremo del local.

—¡Mirad! ¡Son los tíos!

—¡Anda, pero si han venido de verdad! ¡Qué morro!

Todas miraron en la dirección de los dos muchachos, que se abrían paso hacia ellas a codazos y empujones. Y a Lola se le ocurrió que, si sus padres le hubieran dado una educación religiosa, en esos momentos le estaría dando gracias a Dios por su oportunísima aparición. Tras pensárselo dos veces, lo hizo a pesar de todo.

El Heavy apenas había variado el atuendo que lucía por la mañana. La camiseta de Iron Maiden había sido sustituida por otra de AC/DC de similares características. También había dedicado unos minutos a reventarse dos o tres granos que afeaban su rostro, aunque mucho menos que sangrientas secuelas de la operación. Por lo demás, su aspecto había provocado la suspicacia habitual en el «jurao» de la puerta. Pedro, en cambio, llevaba vaqueros por primera vez en su vida y había prescindido de su habitual suéter de cuello de pico.

Mientras efectuaban la difícil travesía, el Heavy le daba a su amigo los últimos consejos:

—No la mires con ojos de cordero degollao. Queda fatal. Y a ver si te enrollas medio bien, que tú cada vez que abres la boca delante de una tía haces el paria. (¡Mierda, qué música más cutre!) Ni se te ocurra hablar del instituto, de política ni de chorradas de esas. (¡Joder, el *chumbachumba* este no hay dios que lo aguante!) Tú a lo tuyo. Y tranqui, que de las otras me encargo yo.

Pedro asentía en silencio y se preguntaba si había obrado con prudencia al ponerse en manos de su amigo. No tenía mucho que perder, pero la sola idea de hacer el ridículo delante de Lola le provocaba escalofríos. Además, estaban esos horribles pantalones vaqueros en los que el Heavy le había hecho gastar buena parte de sus ahorros, y que le oprimían los genitales sin piedad.

—¡Tío! ¿Qué haces? ¡Te he dicho que no te toques más los huevos! ¡Y suéltate de una puta vez el botón del cuello de la camisa, que parece que acabes de apearte del tractor!

Pedro obedeció, deseando por enésima vez estar en cualquier otro sitio. Entonces, entre el humo y la multitud, vio el rostro de Lola. La chica le sonreía, y él pensó que no había en el mundo lugar mejor que aquel.

—Buenas noches. ¡Qué inesperada sorpresa! —dijo el Heavy y provocando las risas de las muchachas.

—Hola —los saludó Lola divertida— ¿Queréis tomaros algo? Pago yo.

—Tanta generosidad me abruma, *milady*. ¿Y quién soy yo para contrariar a una dama? Dos birras, si os place.

—Yo una cocacola, por favor —logró balbucear Pedro.

—¡Sea! Sucia agua y anqui para mi escudero y una mahou para mí. Ahora, acompañad a la dama hasta la barra, Planchet, y velad para que no la importunen los felones y mandrines que abarrotan la posada. ¡Ea, id con Dios!

—Pero tío, ¿qué te pasa? —le preguntó una de las chicas mientras Lola se alejaba seguida por Pedro—. ¿Por qué hablas así?

—Habéis de saber, señora, que un servidor es una caja de sorpresas.

—¡Y todas desagradables! —apostilló Esther.

(Risas)

El Heavy no mentía al afirmar que era una caja de sorpresas. Además de su pinta estrafalaria y su jerga estereotipada, tenía un vicio que muy pocos conocían: la lectura. Desde muy pequeño, el muchacho devoraba todo libro que cayera en sus manos. Había empezado con Julio Verne y Alejandro Dumas (de hecho, el lenguaje que acababa de emplear era un remedo de *Los tres mosqueteros*). Más tarde, sus

intereses derivaron hacia la novela «seria» y la poesía. Su aspecto no delataba en modo alguno que en aquellos momentos se las veía con tipos como Gil de Biedma, Cernuda, García Márquez y Muñoz Molina. Pero tal era la pasión a la que se entregaba durante al menos un par de horas cada noche, sacrificando para ello el sueño, el estudio y lo que hiciera falta. Como la mayoría de los buenos lectores, el Heavy había pasado también a la acción. Recientemente había completado su primer libro de poemas, y ahora esbozaba una novela que él denominaba «experimental». Pero de eso ni siquiera Pedro estaba enterado. En el vocabulario del Heavy, sensibilidad y debilidad eran una misma cosa, por lo que hubiera preferido que le cortaran una mano a exponer su auténtico yo a la brutalidad del mundo. Su «ser» era un asunto privado. Para los demás, dejaba el «parecer».

Poco después, Lola y Pedro regresaban con las bebidas. El Heavy interrogó a su amigo con la mirada, pero la única respuesta que obtuvo fue un gesto de desaliento. «Paciencia», murmuró el Heavy antes de enfrascarse de nuevo en su cometido de entretener a las amigas de Lola y despejar el camino para Pedro.

—¡Ah! ¡Excelente! —exclamó tras hacerse con su cerveza y encender un cigarrillo—. Os agradezco vuestra gentileza, *milady*. Permitidme, señoras, que os describa las excelencias del elixir que me dispongo a saborear, cuyas propiedades terapéuticas eran conocidas ya por los antiguos egipcios...

Y así continuó durante una hora larga, variando de argumento y estilo de forma periódica. Las chicas reían cada nueva ocurrencia hasta que se les saltaban las lágrimas. Lola sonreía de vez en cuando, pero permanecía pensativa. Esther, por su parte, no le quitaba los ojos de encima, como si fuera su carabina en un baile antiguo. Y el pobre Pedro, algo apartado del grupo, sorbía su coca-cola y contemplaba a su amada con gesto de perro apaleado.

—Perdonadme, gentiles damas —dijo por fin el Heavy próximo a perder la paciencia—, mas mi vejiga amenaza con reventar. Y vos, Planchet, acompañadme al excusado.

—¿Qué te pasa, tontolhaba? —le espetó a su amigo en el

servicio, olvidado y a su estilo versallesco—. A mí se me está agotando y a el rollo, y tú sin abrir la boca.

—No sé —respondió Pedro tras soltar un hondo suspiro—. Está rara. Ni siquiera me mira.

—Pero ¿le has dado el regalo?

—¡Qué va! No he tenido ocasión; la Gordá la controla todo el rato.

—Ya —repuso el Heav y con gesto de fastidio—. Bueno, tío, tú verás. O haces algo, y rápido, o yo me abro de aquí pero ya. Estoy hasta los huevos de hacer el payaso. Y el bakalao ese me está sacando de quicio. Tú verás —repitió mientras abría la puerta de los servicios para volver al bar.

Pero una sorpresa les aguardaba a su regreso. Las chicas habían desaparecido como por arte de magia. Incluso habían dejado atrás sus bebidas a medio consumir.

—¡Joder! ¡Qué fuerte! —exclamó el Heav y—. ¡Nos han plantao! —Pedro parecía a punto de echarse a llorar—. Tranqui, colega. Algo tiene que haber pasado. Vente para afuera.

Las encontraron en la calle, junto a la puerta. Una de las chicas estaba sentada en el suelo, con la cabeza entre las piernas.

—¿Qué pasa aquí?

—Pues ya lo veis —dijo Esther contrariada—. Esta, que se ha puesto mala. Ha echado la pota ahí dentro, en medio del bar, y nos han tirado a la calle.

—¡Qué marrón! —exclamó el Heav y—. Desde luego, las tías no controláis la privá para nada. ¿Y qué vais a hacer?

—Pues llevarla a casa —terció Lola.

—Entonces, ¿os vais ya? —preguntó Pedro ahogando un gemido.

—No hace falta que nos vayamos todos —concluyó la cuarta en discordia—. Es aún temprano. Me la llevo yo a mi casa. De todas formas iba a venirse a dormir. Por suerte, porque si su padre la llega a ver así la tira por la ventana. Quedaros con Lola. ¡Para un día que le dejan salir hasta tarde, a la pobre!

—Vale —dijo Pedro aliviado y con ganas de comerse a besos a la buena samaritana.

—Pues nada —concluyó la chica poniendo en pie a su

intoxicada amiga y cargando con ella como si de un herido de guerra se tratara—. A pasarlo bien, «parejitas». ¡Y a ver qué hacemos!

Mientras ambas muchachas emprendían la penosa marcha, el Heavy y se llevó a Pedro aparte y mantuvo con él el siguiente conciliábulo:

—Mira, tío. Se te ha aparecido la Virgen. Es ahora o nunca. Yo entretengo a la Gorda y tú le entras a matar a Lola.

—¿Harás eso por mí? —dijo Pedro emocionado.

—Sí, hombre, sí. Tampoco es ningún sacrificio. Vale que a Esther le sobran un par de arrobas, pero por lo menos es una tía con la que se puede hablar.

—Fenomenal. Pero ¿por qué no nos vamos a un sitio tranquilo? Ya no aguantaba más ahí dentro.

—¡Ni yo! Un sitio tranquilo... un sitio tranquilo —caviló el Heavy—. ¡Ya sé dónde! ¡Vos primero, gascón! —Y, a continuación, girándose hacia Lola y Esther—: ¡En marcha, gentiles damas! El carruaje nos aguarda.

* * *

La Máscara se encontraba algo apartada de la jarana frenética de La Zona, junto a otros pubs que los adolescentes calificaban desdeñosamente como «de viejos». En aquel amplio e iluminado local, la música sonaba por debajo del umbral de la sordera, y los parroquianos se entregaban a actividades tan estrafalarias como tomar café, charlar, leer el periódico e incluso jugar al ajedrez.

Un lánguido solo de guitarra eléctrica sonaba por los altavoces.

—¡Flipa! *Still Loving You*, de los Scorpions —exclamó el Heavy con deleite—. ¡Esto es música!

—¿Y por qué no vienes más por aquí? —le preguntó Esther.

—Mira esta. Pues porque cascan quinientas pelás por un cubata. ¡Pero una noche es una noche! ¡A repostar, que esta ronda la paga yo!

Junto a la barra estaban cuando Lola vio algo que hizo que el corazón le brincara. Algunos metros más allá, David

charlaba con unos amigos. Sus pies la llevaron hacia él como movidos por una voluntad ajena a la suya. Su mano, actuando también por cuenta propia, se posó sobre el hombro del profesor de Filosofía.

El joven la miró y frunció el ceño. Pero un instante después su cara se iluminaba con una sonrisa.

—¡Claro! —dijo—. ¡Ya sé quién eres! Tú estás en 1º A, ¿verdad?

—Sí —repuso Lola sintiéndose en una nube—. Quería decirte que me ha gustado mucho tu clase.

David soltó una carcajada.

—¡No sabes cómo me subes la moral! Aún me tiemblan las piernas desde esta mañana. Déjame que te invite a algo para agradecértelo. ¿Qué te pido?

—Pues... un vodka con naranja.

—¡Vaya! ¿Te dejan beber alcohol tus padres?

—No. Claro que no. Pero no los he visto por aquí — repuso Lola desafiante.

Quizás fueran los chupitos, o tal vez lo mucho que le gustaba su profesor, pero el caso es que a estas alturas estaba tan lanzada que había dejado de sentir vergüenza.

—¡Pon un Smirnoff con naranja y un Jack Daniel's, por favor! —le gritó David al camarero. Después, se volvió hacia ella y, dedicándole una sonrisa que la chica encontró arrebatadora, le preguntó—: Por cierto, ¿cómo te llamas? Aún no he tenido tiempo de aprenderme vuestros nombres.

—Lola.

—¡Lolita! —exclamó David apretando los párpados, como si estuviera en trance, y añadió—: «Luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Mi pecado, mi alma».

—¿Pero qué dices? —preguntó Lola frunciendo el ceño—. Y no me llames Lolita, por favor, no lo soporto. Así es como me llama mi padre.

—Perdona, no he podido evitarlo. Es el comienzo de una novela, ¿sabes?

—Ya. No sigas. De un tal Vladimir nosequé.

—Nabokov. Vladimir Nabokov —dijo David con asombro—. ¡No me digas que la has leído!

—No. Mi padre se hace el sueco cuando se la pido. ¿Por

qué no me la dejas tú?

—Pues claro, cuando quieras. ¿Quieres que te cuente de qué va?

Y así, la conversación continuó durante largo tiempo, un tiempo que a Lola se le antojó brevísimo. Pedro, el Heavy y Esther, los observaban a distancia, sin atreverse a interrumpirlos y sin cruzarse más que unas cuantas frases.

—Yo me voy a casa, tíos —dijo Esther por fin—. Son ya casi las cuatro y este sitio es un muermo.

—Y nosotros también —la secundó Pedro con cara de funeral—. Aquí no hacemos nada.

—¿Y esta? —preguntó el Heavy señalando la espalda de Lola, única parte de su cuerpo que les había mostrado desde que los abandonara.

—¡Dejadla que disfrute! —repuso Pedro con visible amargura.

Y los tres abandonaron el bar.

—Tus amigos acaban de marcharse —dijo David mirando hacia la puerta.

Lola aterrizó de repente en la realidad, consultó su reloj y exclamó con sobresalto:

—¡Mierda, las cuatro! ¡Me voy a ver si los pillo!

—¡Espera! —David la retuvo tomándola del brazo! ¿Vives muy lejos?

—Sí, un poco. Por el campo de fútbol. Antes vivíamos en un piso, en el centro. Pero mis padres se empeñaron en comprar un chalet adosado de los que se estilan ahora. ¡Me van a matar cuando me vean aparecer tan tarde!

—Ya veo. Bueno, tengo el coche aquí al lado. Si quieres, te acerco.

—No, no te molestes —le respondió Lola sin poder creer lo que oía.

—¿Qué dices, mujer? No es molestia. Mis amigos se han ido hace un rato y yo me marchaba ya, de todas formas. Venga, vámonos.

* * *

Poco después de que Esther los dejara, camino de su

casa, el Heavy se desabotonó la bragueta y comenzó a decorar una pared con un potente chorro de orina.

—Ya te lo dije esta mañana —dijo mientras trazaba círculos y elipses.

—¿El qué? —gruñó Pedro.

—Pues que el tío ese acabaría jodiéndonos. Lo que no me imaginaba es que sería tan pronto. Y que la putada no tendría nada que ver con notas ni exámenes. ¡Vay a tela!

No hubo respuesta. Con movimientos lentos, Pedro se extrajo de su bolsillo la pulsera que había comprado para Lola esa misma tarde y, tras contemplarla brevemente, la lanzó tan lejos de sí como pudo.

—Anda, vámonos a planchar la oreja —le dijo su amigo al cabo de unos instantes. Y procedió a sacudirse las últimas gotas.

* * *

Entretanto, David detenía su coche ante la casa de Lola, apagaba los faros y quitaba el contacto.

—Bueno —dijo David.

—Bueno... —repetió Lola, buscando desesperadamente algo que añadir para prolongar aquel momento—. Me lo he pasado muy bien.

—Y yo. No podía imaginar mejor final para mi primer día como profesor.

—¿Sabes una cosa? Hoy es mi cumpleaños —dijo la muchacha con un hilo de voz—. O era.

—¡Y ahora me lo dices! ¿Cuántos has cumplido?

—Diecisiete.

—¡Pero eso hay que celebrarlo! ¿Te puedo dar un beso? —preguntó con cautela.

—¡Claro!

Mientras acercaba sus labios a la mejilla de la muchacha, esta giró la cabeza y le ofreció los suyos. David contempló el rostro de Lola, dibujado al claroscuro en la penumbra del coche. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Notó que el aliento cálido y entrecortado de la chica le acariciaba el rostro. Y le pareció que casi podía oír los latidos de su corazón.

En un primer momento la besó con suma delicadeza, como si ella fuera un objeto precioso y frágil que podía romperse al menor desliz. Después, tras sentir que los brazos de la jov en lo atraían resueltamente hacia su cuerpo, abandonó todo cuidado.

—Me gustas mucho —susurró Lola sintiendo que toda su piel se encendía y empezaba a vibrar—. ¡Te quiero!

Muy lentamente, David se separó de ella y, tras inclinarse sobre su asiento, se llevó una mano a la frente y dejó escapar un suspiro. Parecía enfadado consigo mismo, ¿o era con ella? La muchacha sintió un escalofrío de pánico.

—Mejor será que entres en casa —le dijo por fin suavemente.

Mientras las luces del coche se perdían en la oscuridad, Lola permaneció quieta, sin querer pensar, ensimismada en las nubecillas que su aliento formaba en el aire helado. Después, con movimientos lentos y torpes, comenzó a buscar en sus bolsillos las llaves de casa. De pronto se le ocurrió que aquello no podía haber pasado en realidad, que en cualquier momento iba a despertarse en su habitación, notando en la boca ese sabor agridulce que dejan los sueños especialmente hermosos.

Capítulo 2 SPRINGSTEEN Y CYRANO

*And I know you're lonely
And there's words that I ain't spoken
But tonight we'll be free
All the promises will be broken*

Lola recordaba muy bien la primera vez que había escuchado a Bruce Springsteen. Fue cinco años atrás. Su padre, que por aquellos días casi nunca tenía tiempo para oír música, dedicó la tarde a desempolvar sus viejos discos de vinilo. Después, en pleno arrebató de nostalgia, puso algunos de ellos para comprobar su estado. Cuando Lola oyó la voz quebrada y sensual del Boss cantando *The River*, se preguntó cómo había podido vivir tanto tiempo ignorante de aquella maravilla. Cuando vio su rostro picado y sus rizos revueltos en la portada del álbum, pensó que aquel sería para siempre el hombre de su vida.

Sus amigas, casi todas ellas fans de los Backstreet Boys, se reían de su devoción por el maduro músico de Nueva Jersey:

—¿Pero cómo puede gustarte el tío ese de la armónica?
—le preguntaba Esther con sonsonete de burla—. ¡Si parece un camionero! Y es súper viejo, además.

Lola se limitaba a encoger los hombros y sonreír. Hay experiencias y sensaciones que no se pueden explicar. Se tienen o no se tienen. Y la íntima relación que Lola había entablado con Springsteen era una de ellas. Sus canciones, que le hablaban de amor y coches veloces, de sueños y de libertad, y sus ojos oscuros mirándola desde los pósteres de la pared, le habían ayudado a sobrellevar muchos momentos de incertidumbre y no pocas horas de soledad. Sin embargo, ni siquiera su admirado Bruce podía echarle una mano en aquellos momentos.

Quizás por vigésima vez durante aquella tarde, Lola

voltió a repasar los acontecimientos de la noche anterior.

¿Realmente se había atrevido a intentar ligar con su profesor de Filosofía? ¿Era posible que él la hubiera besado? Y después, ¿qué había ido mal? ¿Por qué se había detenido David en el momento en que ella estaba dispuesta a casi cualquier cosa? Tan solo doce horas habían transcurrido, y Lola tenía la sensación de que aquello no le había pasado a ella, que se trataba de los recuerdos de otra persona. Pero era absurdo engañarse así. Y más cuando todavía le parecía notar en su boca el sabor del beso de David y su piel recordaba aún la suavidad de su caricia.

Mientras Springsteen acometía los últimos acordes de la canción, Lola se encogió sobre su cama, como un bebé recién nacido, y sollozó quedamente.

«¿Por qué no siento vergüenza?», pensó. «Yo no soy una puta. No me enrolló con el primero que llega. Algunas chicas lo hacen. Yo no. Me respeto demasiado para eso. Tampoco soy una estrecha. Me gustan los chicos, como a la que más. Pero no me va lo del sexo porque sí. No soy una puta. Él es por lo menos diez años mayor que yo. ¡Y mi profesor! Nadie se enrolla con sus profesores. Es una estupidez ¿Qué debió pensar cuando le dije que lo quería?», volvió a gemir. «Me salió así, sin darme cuenta. ¡Cómo debió reírse de mí! Seguro que me tomó por una idiota ligera de casos. ¡No! Él no es así. Sé que no es así. Le gusto. Y si no, ¿por qué me abrazó y me besó de esa manera? Pero no se aprovechó de mí. Me dijo que me fuera. Eso es porque le gusto. No quería asustarme. ¡Eso era! Le gusto. ¡Seguro que le gusto!»

Su padre interrumpió sus pensamientos al abrir la puerta de su cuarto y asomar la cabeza.

—¡Vaya, vaya! Sábado por la tarde y oyendo a Bruce en lugar de andar por ahí con las amigas. Aquí pasa algo raro.

Lola se recompuso y obsequió a su padre con la mejor de sus sonrisas.

—Tú mismo lo dices muchas veces: «No hay quien entienda a estos adolescentes de ahora». Pues ve acostumbrándote a mis misterios.

—Sí, Lolita, tienes mucha razón —dijo su padre con gesto resignado—. Además, cuando tu propia hija empieza a usar tus

frases para hacerte callar, lo mejor es dar media vuelta y desaparecer. Precisamente lo que pienso hacer ahora mismo. ¡Ah! Esther al teléfono. Y parece nerviosa. Seguro que algo se trae entre manos.

¡Esther! La última persona en el mundo con quien querría hablar. Esther, su mejor amiga, pero la chica más cotilla de todo el instituto. Esther, con sus poderes de bruja, a la que nada se le podía ocultar.

—¡Papá! —suplicó Lola a gritos—. ¡Por favor! ¡Dile que no estoy!

Pero, tal como había anunciado, su padre se había perdido de vista. Lola comprendió que no tenía sentido aplazar lo inevitable y bajó a contestar el teléfono.

—¿Diga?

—¡Te he oído!

—¿Qué has oído?

—¡A ti! Le has dicho a tu padre que me dijera que no estabas. ¡Serás cabrona!

—Perdona, tía. Es que me duele un poco la cabeza. Además, no sabía que eras tú —mintió Lola.

—Vale, te perdono. Pero solo cuando me pongas al corriente.

—¿Al corriente, de qué?

—¿De qué va a ser? —replicó Esther impaciente—. Pues de lo que pasó anoche con el de Filosofía. ¡Venga, suéltalo ya! Que luego mi padre se queja de que lo estamos arruinando con los recibos del teléfono.

—Pues... nada. No pasó nada. Hablamos un rato y ya está.

—¡Ya! ¿Conque esas tenemos? Me dejas ahí tirada casi dos horas con el Heavy y el peñazo de Pedro y ahora resulta que no pasó nada.

—Perdona, Esther. Yo...

—¡Tú eres una mentirosa! —Y tras una casi imperceptible vacilación, añadió—: No te muevas de donde estás, que dentro de diez minutos me tienes allí.

—¡No! ¡Espera!

(Clic)

Esther faltó a su palabra. En lugar de los diez minutos anunciados, se presentó al cabo de ocho minutos y medio.

—¡Tía! ¡Qué pinta tan asquerosa tienes! —le espetó a Lola a modo de saludo—. ¡Y los ojos como tomates! ¿No habrás estado llorando?

—¡No! Es que hay tanto humo en los bares...

Esther guardó silencio, puso los brazos en jarras y comenzó a dar golpecitos en el suelo con la suela de su zapato. Después entornó los ojos y le lanzó a su amiga una mirada terrible, tan perturbadora como la de una serpiente que está a punto de devorar a un ratoncillo. Lola intentó resistirse a su poder, aunque en vano. Notó que su secreto le subía por la garganta y comenzaba a llenarle la boca. Y cuantos más esfuerzos hacía por contenerlo, mayor era la presión que sentía. Y entonces reventó, y lo arrojó todo al exterior, entre sollozos, hipidos y un río de lágrimas que amenazaba con ahogarla.

—¡Venga, mujer! —tranquilizó Esther a su amiga mientras esta le mojaba la blusa con sus lágrimas—. Tranquila. No será para tanto.

—Estoy hecha un lío —gimoteó Lola tras frotarse los ojos con un kleenex y sonarse ruidosamente la nariz—. No sé qué hacer. ¿Tú qué harías?

—Mira. Yo, para empezar, no habría dejado que me pusiera una mano encima un tío tan mayor.

—¡Lo sabía! —dijo Lola notando que las lágrimas brotaban de nuevo—. Piensas que soy una puta.

—¡No! ¡Qué va! —Esther agitó vivamente las manos—. ¡Todo lo contrario! Lo que creo es que eres una inocente que todavía no ha salido del cascarón. Sí te hubieras criado con tres hermanos mayores, como yo... Tendrías que oírlos hablar de las tías. Muchas veces los he escuchado a escondidas: que si «menuda guarra que me enrollé anoche», que si «las tías solo sirven para pillar cacho». ¡Dan asco! Te lo juro. Todos los tíos son unos asquerosos. Y cuanto mayores son, más asquerosos se vuelven. Pero, dime, ¿por qué lo hiciste?

—Pues... porque me gusta mucho.

—¡Toma! ¡Y a mí! ¡Como que está como un queso! — exclamó Esther poniendo los ojos en blanco—. Pero no me engañas. Te conozco. Tiene que haber algo más. Si no, no te habrías enrollado con él así, a las primeras de cambio.

Lola vaciló antes de responder. Luego, consciente que la batalla estaba perdida de antemano, confesó toda la verdad:

—¡Porque le quiero! —exclamó desafiante.

Esther abrió mucho los ojos y soltó un bufido.

—¡Pues entonces sí que la hemos liado! ¿Pero no te das cuenta de que ese tío podría ser tu padre? Bueno... casi. Y es tu profesor, encima. ¡Menudo marrón!

—¿Eso es lo único que tienes que decirme? —preguntó Lola dolido—. ¿Te crees que no le he dado mil vueltas ya? Pues entonces más vale que te vayas y me dejes sola.

Esther sintió la hostilidad de Lola en pleno rostro, como una bofetada.

—Perdóname —dijo suavemente—. Sabes que soy tu amiga. Lo único que quiero es que no te hagan daño. A ver, ¿de verdad estás tan colgada por David? —Lola bajó la vista y asintió en silencio—. ¿Y no hay nada que yo pueda hacer o decir para hacerte cambiar de idea? No, ya veo que no. Pues mira, lo mejor es que le pongas las cosas claras. Habla con él y cuéntale lo que sientes.

—Pero... se va a reír de mí.

—¡Que se atreva! —gritó Esther poniéndose en pie y apretando los puños—. ¡Si lo hace le pego una patada en los huevos que lo dejo doblado! ¡Y me da igual que me suspendan la Filosofía hasta que me muera!

* * *

En casa del Heavy, aquella tarde de sábado era también propicia para confidencias y tácticas. El muchacho estaba liando con suma torpeza un porro de hachís, mientras Pedro lo miraba con una mezcla de repugnancia y fascinación.

—¡Ay! —exclamó el Heavy sacudiendo una mano.

—¿Qué te pasa?

—¡Pues que me he quemado, joder! Los *zippos* no sirven para deshacer la china. Espera, que voy a pillar uno de gas.

Volvió enseguida para concluir la operación, que dio como resultado un lastimoso objeto de forma vagamente cónica que amenazaba con desmoronarse al menor movimiento.

—¡Ah! —dijo mientras exhalaba con placer el humo de la primera calada—. ¡Qué costo tan de puta madre! ¿Seguro que no quieres?

Pedro agito la cabeza y se dispuso a endosarle a su amigo un sermoncito sobre los peligros de la droga. Luego se lo pensó mejor. Sabía que para el Heavy lo de los porros era una forma más de llevar la contraria y cultivar su imagen de rebelde. A pesar de todo, le daba miedo hablar con él sobre el asunto. El Heavy era un tipo muy persuasivo y podía acabar por convencerlo a él de que probara la diabólica sustancia. ¿Y si le gustaba? ¿Y si se convertía en un porrero y, después, de modo inexorable, en un yonqui? Más valía dejar la charla para otro rato.

—Bueno, colega. Llevas sentado ahí media hora sin soltar prenda. ¿No me digas que no se te ha pasado aún el mosqueo de anoche?

Pedro volvió a sacudir la cabeza, a la vez que se ponía de pie y emprendía una inspección del cuarto del Heavy. Le fascinaba aquella estrafalaria mezcla de parafernalia roquera, por un lado, y sofisticados productos de la cultura —que no la «kultura»—, por el otro. En apenas nueve metros cuadrados, Judas Priest y AC/DC se codeaban con Hermann Hesse y con Borges como si fueran amigos de toda la vida. Y Pedro, que no compartía ninguna de las dos pasiones de su amigo, lo miraba todo con estupor y se decía, una vez más, que el bueno del Heavy era un tipo raro, muy raro.

—¿Tú crees que pasó algo anoche? —preguntó al fin Pedro con cautela, tal vez porque temía oír la respuesta.

El Heavy se hizo el despistado, aunque consciente de que lo único que iba a ganar era tiempo:

—¿Algo? ¿Dónde?

—Ya sabes... Entre Lola y el de Filosofía.

Recostándose sobre la cama, el Heavy le asestó una profunda calada al canuto. Mientras contenía la respiración para que el humo obrara su efecto, le dio vueltas a cómo salir de aquel trance. A decir verdad, se temía que algo debía de haber

ocurrido. La decisión con la que Lola había abordado al profesor, así como lo receptivo que este se había mostrado al coqueteo, hacían que un lío entre ambos sonara más a certeza que a conjetura. En cuanto a él, no le quedaban más que dos opciones: o le confesaba a Pedro lo que pensaba y lo hundía de en la miseria más profunda, o bien le contaba algún reconfortante embuste, aun sabiendo que su amigo podía sufrir una dolorosa decepción antes o después. A todo esto, el muchacho empezaba a notar que no podía contener la respiración durante más tiempo. Era necesario decidirse rápido. Pero ¿qué era lo mejor? El Heavy no lo sabía. De lo único que estaba seguro era de que la verdad iba a dañar a Pedro, y él no era capaz de hacerle daño a su amigo.

—¿Lola liarse con el profe? ¡Qué va, tronco! —La mentira del Heavy y brotó entre una densa nube de humo—. Las tías son así. Les gusta tontear con maromos mayores que ellas. Y más si son profesores, porque así además se sienten importantes. Pero de eso a enrollarse con ellos... Tranquilo, colega. Ni de coña.

Pedro pareció aliviado.

—Sí —dijo—. Yo pienso lo mismo. Pero estamos como al principio. ¿Tú no crees que debería echarle huevos a la cosa, acercarme a ella y contarle lo que siento? Y a lo mejor entonces podría abrazarla y darle un beso.

El Heavy se imaginó la escena y estuvo a punto de echarse a reír. Al cursi de Pedro solo le había faltado incluir la banda sonora con música de violines. Luego sintió una oleada de ternura provocada por la ingenuidad de su amigo, una ternura que intentó disimular a toda costa.

—Anda, siéntate, chaval —le dijo señalando hacia una desvencijada butaca.

Y Pedro obedeció, no sin antes usar sus dedos índice y pulgar a modo de pinza para retirar una prenda interior que yacía sobre el asiento.

—Veamos —le dijo el Heavy entre cómplice y didáctico —, suponiendo que tú seas capaz de hacer lo que acabas de decir, y conociéndote es mucho suponer, seguro que la piba te da calabazas. Tampoco es descartable la posibilidad de que te meta un quantazo.

—¿Por qué? ¿Es que piensas que no le gusto?

—No, no es eso —lo tranquilizó, aunque pensando que si él estuviera en el lugar de la muchacha, no se enredaría jamás con semejante pardillo—. Lo que pasa es que a las tías no les va el «aquí te pillo y aquí te mato». Ellas son un poco más sutiles. Ya sabes, un poco retorcidas. Vamos, que les gusta hacernos sudar y pasarlas putas. Me imagino que así se sienten superiores o algo por el estilo.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—¡Pues que hay que echarle elocuencia al asunto, colega!

—Ya —dijo Pedro con expresión de víctima—. Entonces lo llevo claro. Yo, cada vez que intento decirle algo a Lola, me quedo como lelo.

—¿De verdad? —bromeó el Heav y—. No me había dado cuenta.

Pedro le dedicó a su amigo una mirada de resentimiento mientras este procedía a calcinar un par de centímetros de porro.

—¡Como vuelvan tus padres de pronto, te vas a enterar! —le dijo a modo de endoble venganza.

—No hay problema. Están en el campo hasta mañana por la noche, con la imbécil de mi hermana y el tonto de la mierda de su marido. Además, mis viejos son incapaces de distinguir entre el olor de un porro y el de un Marlboro. Pero a lo que íbamos. ¿Tú sabes quién era Cyrano de Bergerac?

Aquella salida de tono convenció a Pedro de que su amigo estaba totalmente colocado. Hacía un rato que lo notaba algo incoherente y risueño en exceso. Pero aquello era y a demasiado.

—¡Que te den! —dijo poniéndose de pie—. Me largo.

—Anda, nene, siéntate. Hablo en serio. ¿Sabes quién era Cyrano de Bergerac o no?

—Pues una especie de mosquetero narigudo que salía en una película que echaron hace poco en la tele. Una en la que hablaban en verso. No vi más que el principio. ¡Menudo coñazo!

—¡De puta madre! ¡Tanto empollar, tanto sobresaliente y luego resulta que eres un cenutrio sin la menor cultura! Oído al parche, que te voy a explicar quién era. Porque resulta que yo

voy a ser tu Cyrano.

—No, si ya te veía yo la napia un poco larga.

—¡Lo que yo tengo largo de verdad no está a la vista ahora, chaval! Hercule-Savinien Cyrano de Bergerac fue un famoso espadachín, filósofo, poeta y satírico francés que vivió en el siglo diecisiete.

—¡Un plasta, vamos!

—Calladito, por favor, que estás más guapo. Veamos. Resulta que un dramaturgo, también francés, lo convirtió en protagonista de una de sus obras, en la que, por cierto, está basada esa película que has mencionado.

—Pues sigo sin ver...

—¡Que te calles! —repitió el Heavy con una autoridad que no admitía réplica—. En la obra sale un nota que quiere enrollarse a una tía, pero resulta que es un tarugo y no sabe expresarse. Vamos, le pasa lo mismo que a ti. Y ahí es donde interviene Cyrano. —En ese momento, el Heavy enarcó una ceja con pedantería, lo que anunciaba un cambio drástico de registro—: Cyrano se convierte en el maestro de Christian, su asesor en las sutilezas y argucias del lenguaje del amor. Una vez incluso se esconde para poder soplarle las respuestas apropiadas. Y con su ayuda, Christian logra conquistar a la bella Roxana.

—Lo que traducido al español quiere decir que le enseña a ligar.

—Algo así, si prefieres expresarte con tamaña torpeza.

—¿Y tú me vas a enseñar a ligar a mí? ¿Pero si ligas menos que el leproso de Cafarnaúm?

El Heavy ni siquiera se molestó en mostrarse ofendido.

—Lo tomas o lo dejas, chaval.

—¡Vale, vale! Lo tomo.

—Pues agénciate papel y lápiz para los apuntes, que el tiempo apremia. Veamos...

—Espera un momento. ¿Qué saca el tal Cyrano, es decir, qué sacas tú de todo este lío?

Por un momento, pareció que el Heavy iba a responder, aunque finalmente se limitó a asestarle una última calada al agonizante porro y decir:

—Olvídate de eso. Seguro que aunque te lo explicara no

lo entenderías.

* * *

El lunes por la mañana, Lola abandonó su casa con el ánimo exaltado propio de una heroína del cine. Habían sido dos días de angustia con sus respectivas noches en vela. En algunos momentos llegó a pensar que su cabeza iba a empezar a echar humo. Menos mal que en la víspera, justo antes de irse a la cama, había tomado la decisión de seguir los consejos de Esther, lo que le hizo sentir un alivio enorme que le había permitido dormir como un tronco durante toda la noche. Sabía lo que tenía que hacer y estaba resuelta a hacerlo. ¡Qué importaban las consecuencias! Cualquier cosa era preferible a seguir viviendo con el alma en vilo.

Lástima que justo esa mañana le hubiera venido la regla. El vientre hinchado y aquel punzante dolor de barriga no eran lo más apropiado para afrontar jornada tan crucial. Pero la naturaleza gasta esas jugarretas. Lola recordó entonces algo que el profesor de Historia les había contado el curso anterior: al parecer, en épocas pasadas se consideraba a las mujeres impuras durante la menstruación. Pues bien, ella no se sentía impura, sino todo lo contrario. ¿Qué puede haber más puro y noble que obedecer al corazón? Lola apretó el paso con el vivo deseo de estar ya en el instituto, delante de David, y decirle esas cosas que habían estado royéndola por dentro durante todo el fin de semana. Fue justo entonces cuando Pedro surgió de detrás de un árbol. El muchacho pretendía hacerse el encontradizo, pero lo traicionaron los nervios y se movió con la brusquedad de un agresor que se abalanza sobre su víctima.

—¡Hola, Lola! —dijo Pedro a voz en cuello.

—¡Huy! ¡Tío, qué susto! —exclamó la muchacha dando un salto hacia atrás—. Pero ¿de dónde sales? ¡Ni que estuvieras ahí escondido esperándome!

«¡Buen principio!», pensó el muchacho. «Aún no le he dicho “esta boca es mía” y ya he metido la gamba». Por fortuna, el Heav y había previsto aquella situación: «Cuando no sepas por dónde salir, sé sincero. Casi siempre funciona». De modo que Pedro fue sincero:

—Es que estaba ahí escondido, esperándote.

—¿Y eso? ¿Te has metido a violador o algo por el estilo? Para aquello sí que no lo había preparado el Heavy, de forma que Pedro se limitó a ponerse colorado.

—¡Tío! ¡Que era una broma!

La chica rio. Y su carcajada le sonó a Pedro como música celestial.

—Lola, tengo que hablar contigo —dijo él aprovechando un repentino arrebato de valor.

—¿Te pasa algo?

—Pues sí, algo. Algo muy gordo.

Más allá de la simple sospecha, Lola sabía perfectamente qué tripa se le había roto a Pedro (por supuesto, también Esther lo sabía, y todas las demás). Tanta miradita disimulada, tanto balbuceo y tantas atenciones con ella no eran detalles que a una chica de su edad le pasaran desapercibidos. De hecho, llevaba ya tiempo esperando aquello. Pero (¡joder!) el dichoso muchacho había ido a decidirse en el momento más inoportuno. ¿Qué ocurre al cumplir diecisiete años? ¿Por qué se fastidia todo de repente?

—¿Quieres que hablemos ahora? —preguntó Lola diciéndose que lo mejor era pasar el mal trago cuanto antes.

—No, ahora no. El timbre está a punto de sonar. ¡Al acabar las clases! ¿Te parece bien en el parque, donde está la estatua de Cervantes?

—Sí.

¿Había notado Pedro la frialdad de su respuesta? Lola casi deseó que así fuera.

* * *

Pedro y Lola ocuparon sus asientos en «la sala de despiece» casi al mismo tiempo que la profesora de Física hacia su entrada, lo que les obligó a volver a ponerse en pie de inmediato. La buena mujer exigía de sus alumnos aquel trasnochado gesto de respeto, y a estos, más por pitorreo que por otra cosa, poco les importaba darle el capricho. Se trataba de una doncella quincuagenaria y minúscula, con voz y ademanes de pajarillo, cuyas únicas pasiones conocidas eran

las leyes de la termodinámica y el ejercicio de la virtud de la caridad (más conocida hoy en día como «solidaridad»). Su aspecto era tan frágil que un estornudo parecía capaz de romperla. Sin embargo, año tras año demostraba una energía y una fortaleza dignas de poner en marcha los que denominaba «sus proyectos de solidaridad con el Tercer Mundo». La campaña empezaba en noviembre con la venta de almanaques, a la que toda la comunidad educativa se resignaba como a los exámenes trimestrales o a las epidemias de gripe. No en vano la tenacidad de la buena señora era tal que se contaba que hasta «el Toloveo», cuya tacañería era proverbial, le compraba el almanaque en secreto con tal de que dejara de acosarlo. Después, con la cercanía de las Navidades, venían las rifas y las participaciones de lotería, para cuya venta la profesora de Física se rodeaba de un séquito de colaboradores reclutados entre el sector más «solidario» del alumnado, por lo general miembros del movimiento *scout* o de los clubes parroquiales. Pero la traca final se disparaba allá por el mes de febrero, en las inmediaciones de «la Semana Blanca», con la celebración del Gran Festival Solidario Inter-Institutos. Todo aquel que tuviera algún talento, por minúsculo o peregrino que este fuera, tenía entonces su oportunidad bajo los focos. Todos salvo el Heavy, a quien el año anterior le había sido vetada una interpretación en *playback* del clásico *Mi agüita amarilla*, original de Los Toreros Muertos.

La campaña de solidaridad con los remotos necesitados de Sierra Leona o Cochabamba concluía con la exhibición de monumentales carteles en los que se aireaba el importe de lo recaudado y se amenazaba con volver a la carga el curso siguiente. Y este era el modo en que se iba procurando la profesora de Física su pasaporte para la Gloria Eterna.

Aunque no era esta la única manía de la angélica dama. Además de sus agotadores desvelos por los menesterosos, la profesora de Física tenía la costumbre de comenzar su primera clase de la mañana con el rezo del Padrenuestro, actividad para la que demandaba la fervorosa participación de sus alumnos. En los primeros días del curso fue muy comentado el incidente protagonizado por el Heavy, quien, declarándose agnóstico y librepensador, se negó a participar en los rezos matinales. A

pesar del enfado de la profesora de Física, el muchacho no cedió ni un milímetro en su postura. Y de nada sirvió que ella invocara la disciplina académica ni las penas del infierno. El Heavy insistió en que se trataba de un atentado contra su libertad religiosa y, por tanto, lo amparaba la Constitución, y el director del instituto no tuvo más remedio que respaldarlo. La terca profesora acababa de encontrar la horma de su zapato. Después hubo un cierto revuelo. Protestaron los sectores conservadores y también los progresistas, para no ser menos. De hecho, cuando el padre de Lola supo que su hija tenía que rezar antes de clase, amenazó con presentarse en el instituto para montar jaleo, pero la muchacha le pidió que hiciera el favor de no ponerla en evidencia por semejante idiotez y ahí se acabó todo.

El caso es que algunos meses después la profesora de Física seguía rezando el Padrenuestro, y los alumnos de 1º A la acompañaban puestos de pie. Todos salvo el Heavy, que permanecía sentado y pensaba en las musarañas. Pero aquella mañana no era el único de su clase ajeno al piadoso rito. Mientras la profesora de Física recitaba aquello de «dánosle hoy» (nunca había llegado la mujer a aprenderse la versión moderna de la oración), el pensamiento de Lola se ocupaba ya de sus fantasmas particulares. Y Pedro, por su parte, vivía su propia experiencia religiosa mientras contemplaba el cogote cubierto de rizos de su amada. Fue, en conjunto, una jornada en la que ambos se prodigaron en expresiones ausentes y despistes varios que merecieron más de una reprimenda por parte de sus profesores.

A la una menos cuarto tocaba Filosofía y, minutos antes, el corazón de Lola latía ya con ritmo de ametralladora, impulsado por descargas constantes de adrenalina que la hacían también temblar como un flan.

—¡Tranquila, tía! —cuchicheó Esther muy en su papel de confidente y consejera—. ¡Ponte firme, saca pecho y aprieta el culo! Ya verás como todo sale de puta madre. ¿Por qué no te has puesto los vaqueros esos blancos que te sientan tan bien, como te dije?

—Porque tengo la regla —respondió Lola con un hilo de voz.

—¡Serás idiota! Pues haber usado un támpax.

—No puedo —dijo la muchacha rogando para que aquella conversación concluyera cuanto antes—. Me da repelús.

Esther puso los ojos en blanco y agitó la cabeza en un gesto copiado de los adolescentes de las series norteamericanas. Después, para alivio de la mortificada Lola, decidió dejar a su amiga en paz.

Y apareció David por fin, masculino, deslumbrante y seductoramente envuelto en ropa vaquera de marca, como el modelo de un anuncio de El Corte Inglés. Y también nervioso, cosa que a todos les extrañó tras su desenvoltura del viernes anterior. La clase que impartió tampoco estuvo a la altura de la del día de su debut. Durante tres cuartos de hora se limitó a disertar de forma errática y atropellada sobre algo llamado «teoría de la verdad y de la certeza», con tantos errores, rectificaciones y vaguedades que la única certeza que logró transmitir fue la de que allí ocurría algo raro.

A Lola no le pasaron por alto los constantes esfuerzos de David por evitar que sus miradas se cruzaran, hasta el punto de que la muchacha comenzó a preguntarse si es que acaso no se habría vuelto invisible. En realidad, el profesor no solo rehuía su mirada, sino también la del resto de sus compañeros de clase, empleando para ello la táctica de dirigir la vista alternativamente al suelo y a la ventana. Muy pronto se percibió el runrún característico que produce el culo del estudiante aburrido al cambiar de postura. Instantes después se oían los primeros cuchicheos, y hasta algún que otro bostezo. Ni que decir tiene que, hacia el final de la clase, la lección era apenas audible entre el bullicio. Y, a todo esto, David persistía en su monótona perorata sin atreverse siquiera a alzar la voz para reclamar silencio. Cuando salió por la puerta, pálido, sudoroso y sin apenas darle tiempo al timbre para dejar se sonar, todos se preguntaron adónde había ido a parar el brillante profesor que los había encandilado tan solo tres días antes.

Lola permaneció pegada a su silla, como en trance, hasta que un oportuno codazo propinado por Esther le devolvió la movilidad y la lanzó escaleras abajo en persecución de David.

—¡Espera! —le gritó casi sin aliento al profesor, quien descendía tan veloz como si se hubiera declarado un incendio.

David se detuvo en seco y dio la vuelta lentamente. Cabizbajo e incómodo, aguardó a que Lola le diera alcance. La muchacha se plantó dos escalones por encima de él y le habló del siguiente modo:

—¿Qué te pasa? ¿Es que no tienes nada que decirme?

David alzó la cara y le dirigió una mirada que a Lola le pareció de súplica. La muchacha no tenía un pelo de tonta y al momento intuyó que sus papeles se habían intercambiado: ahora era ella la que mandaba, la que llevaba la voz cantante.

A David le costó trabajo sostenerle la mirada. No sin esfuerzo, siguió mirando aquel rostro hermoso y juvenil que lo fulminaba con un gesto lleno de reproches. Se sintió insignificante. Sintió que la vergüenza le pintaba las mejillas de rojo. Y se dio cuenta de que, en efecto, no tenía nada que decirle a Lola, salvo quizás que le permitiera marcharse a digerir su bochorno en otro lugar.

—David, tengo que hablar contigo —le dijo ella con una firmeza que convirtió sus palabras en una orden, aunque enseguida permitió que la dulzura asomara a su voz—: Mira, lo estoy pasando fatal. ¿Podemos hablar un rato tú y yo?

Ambos oyeron entonces risitas disimuladas que llegaban desde arriba. Al alzar la vista, se dieron cuenta de que una pandilla de curiosos los espiaba furtivamente tras la barandilla. A Lola no pareció importarle. David, en cambio, volvió a sentir la urgencia de largarse inmediatamente de allí.

—Cuando y donde quieras —dijo el profesor con evidente angustia—. Pero no aquí.

Lola estuvo a punto de mencionar la puerta del instituto y la hora de salida de clase, pero, justo cuando abría la boca, recordó su cita con Pedro. El fastidio que sintió la dejó muda durante unos segundos, hasta que por fin acertó a decir el nombre de la primera cafetería que le vino a la cabeza.

—¿Te va bien a las siete? —preguntó David tras asentir.

—A las siete, muy bien—. Y con un ademán le dio permiso al profesor para reanudar su fuga.

* * *

El parque era, sin duda alguna, el lugar más pintoresco de

aquel pueblo insulso e hipertrofiado que sus habitantes sus empeñaban en llamar ciudad. Situado justo enfrente del instituto, y exactamente un lustro más viejo que este, sorprendía a los visitantes por sus dimensiones (desproporcionadas con arreglo a las de la población que lo envolvía), por su frondosidad y por la calma que se respiraba en sus plazoletas y paseos. De hecho, resultaba difícil imaginarse un lugar más perfecto para recogerse y meditar. Excepto por las palomas, un ejército de voraces palomas que había invadido cada rincón del parque y obsequiaba con sus deyecciones a todo bicho viviente, sin hacer distinciones entre jubilados, amas de casa, niños de corta edad, parejas de enamorados, poetas o meros paseantes.

Precisamente las palomas eran las responsables de que el busto en bronce de Cervantes, ornamento central de la placita donde Pedro esperaba a Lola, luciera aquel original copete de blanca mierda. El muchacho oteaba la espesura una y otra vez, temeroso de que la chica no acudiera a la cita, y le rogaba a la efigie de don Miguel que lo iluminara con algo de su ingenio, pues buena falta le hacía. Tras vencer la tentación de repasar otra vez los apuntes que había tomado en casa del Heavy, se entretuvo asestándoles unas cuantas dentelladas a la cutícula de sus dedos, puesto que de las uñas propiamente dichas ya había dado cuenta en el transcurso de la mañana.

Pero sus temores se mostraron infundados cuando la silueta de la muchacha asomó entre los árboles. «Más parece una diosa que una criatura mortal», recitó para ir ejercitando el músculo lírico, tal como su amigo y cómplice le había aconsejado. Y tras hacer una pausa para suspirar, añadió: «Con tal belleza resplandece que los ojos duelen al mirarla».

Sin embargo, la gravedad de su expresión no daba pie a pensar que la muchacha estuviera para requiebros. Y con buenos motivos, dado que Esther acababa de someterla a un despiadado interrogatorio acerca de su breve entrevista con David.

—Perdona que haya tardado —le dijo a Pedro sin más explicaciones—. Tú dirás. Pero date prisa, que me esperan en casa para comer.

El muchacho encajó como pudo la sequedad de Lola y

decidió no dejarse ganar por el desaliento.

—Siéntate, por favor —le dijo señalándole un banco milagrosamente limpio de excrementos de paloma. Y, después de tragar saliva, comenzó a declamar con voz entrecortada—: Lola, tú me conoces. Soy una persona sensata a la que no le gusta hacer las cosas «incestuosamente». Largas horas de «intoxicación» han precedido a este momento «fluvial». Pero hace ya tiempo que noto un fuego en mi interior, un fuego que «ameniza» con «chuscarrarme» por entero si no doy «tienda» suelta a mis sentimientos...

En ese momento, Pedro realizó una pausa dramática a fin de acentuar la fuerza de su preludio, tal y como le había aconsejado «el Heav y, a quien, por cierto se lo hubieran llevado los demonios si hubiera estado presente para oír a su discípulo confundir *impetuosamente* con *incestuosamente*, *introspección* con *intoxicación* y *crucial* con *fluvial*, y asistir luego al destrozado de su brillante alegoría del fuego con aquella sarta de necedades. Lola, sin embargo, no pareció advertir los yerros y lo invitó a continuar con una sonrisa.

—... Y es que hay una persona cuya única contemplación hace que se me «obnubile» la mente —prosiguió Pedro ya más sereno, al tiempo que subrayaba la belleza de su exposición con elocuentes ademanes, tal como el Heav y le había recomendado—, y se me suspenda el ánimo, y el corazón me galope como un potro «destetado», y mi ser todo se inflame con la llama del amor...

Pedro volvió a detenerse, muy ufano por lo bien que había resuelto el polisíndeton. Entretanto, Lola se preguntaba cuánto tardaría el condenado en ir al grano, y dudaba entre dejarlo allí plantado o llamar a los bomberos.

—...Y esa persona, Lola... ¿eres tú!

La muchacha suspiró con alivio y pensó que había llegado el momento de interrumpir a Pedro, quien ya se disponía a acometer el último tramo, consistente en una vibrante y persuasiva petición de relaciones.

—O sea, que te estás declarando.

—¿Cómo?

—Que me estás tirando los tejos. Vamos, que te gusto.

—¿Eh? Bueno... sí... eso... más o menos.

Pedro hubiera preferido que Lola le dejara alcanzar el final del discurso, en el que el Heavy había volcado todo su talento. Aun así, se sintió casi consolado al pensar que no tendría y a que recitar un pasaje de inspiración platónica sobre la afinidad de las almas con el que se sentía bastante incómodo.

—Mira, Pedro... —En este punto el chico contuvo la respiración y apretó los puños—. Me caes muy bien. Eres un tío genial. Me caes de puta madre, de verdad...

Por algún motivo, a Pedro le dieron muy mala espina aquellos cumplidos. Ojalá la siguiente frase de Lola no empezara por «pero».

—Pero.... no voy salir contigo.

—¿Po... po... por qué? —tartamudeó Pedro preguntándose cómo era que no había sucedido ya el fin del mundo.

—Porque quiero a otra persona.

La franqueza de Lola lo fulminó como un ladrillazo. Sintiendo el corazón helado y la mente vacía, Pedro deseó ser una pompa de jabón, para poder así desaparecer en el aire con un casi inaudible *pop*.

—Tengo que irme —dijo Lola levantándose—. ¿Amigos?

Pedro asintió y la contempló mientras se alejaba de él.

¿Eran carcajadas lo que oía o se trataba de una ilusión causada por su dolor y su vergüenza? No estaba seguro, porque en esos momentos el muchacho solo sabía una cosa con certeza: que tanto Cyrano como el Heavy eran unos de hijos de la gran puta.

* * *

A eso de las siete y media, los dos amigos (si es que aún lo eran) paseaban por la calle principal de la localidad. Aquellos humildes quinientos metros de vía pública habían recibido su nombre en honor de algún olvidado prócer local. Para el pueblo, sin embargo, aquella calle siempre había sido «la calle Ancha».

La calle Ancha hormigueaba de gente a esas horas de la tarde en las que, obedeciendo tal vez una misteriosa llamada, la mitad de los habitantes de la ciudad abandonaban el cálido refugio de sus hogares y se arriesgaban a los enfrentar los rigores de la intemperie. Y todos acudían allí, la mayoría sin un

motivo concreto, sencillamente porque el acto de cerrar filas con sus conciudadanos los ayudaba a aguantar mejor los embates del invierno y de la soledad.

Según el dicho local, aquella tarde hacía «un frío negro». Pero la baja temperatura parecía acentuarse todavía más en las inmediaciones de Pedro y el Heavy, quienes habían cubierto ya un buen trecho de la calle Ancha sin dirigirse la palabra. El primero rumiaba su frustración, al tiempo que le lanzaba a su amigo —o tal vez ex amigo— encendidas miradas de reproche. El segundo capeaba el temporal con la barbilla enterrada en el pecho, mientras reflexionaba acerca de su grado de responsabilidad en la reciente tragedia.

El Heavy buscaba el modo de explicarle a Pedro que compartía su dolor. Quería hacerle comprender que su propio desencanto no era menor, aunque sí diferente. No en vano los acontecimientos de la mañana habían supuesto un auténtico cataclismo en la concepción que el Heavy tenía de la vida. Él no creía en Dios, pero —tal vez para compensar su incredulidad— había depositado una fe ciega en el poder de las palabras, en su carácter sagrado, en su capacidad de cambiar el mundo e influir en las personas. Y ahora, su primer experimento había demostrado que esa fe no era más que una patraña, pura superstición. De un modo muy íntimo, el fracaso de Pedro era también el suyo.

Tratando de evitar que el silencio se espesara aún más entre ambos, el Heavy quiso por romper el hielo con un lugar común:

—Hay muchas.

—¿Qué? —dijo Pedro sin mirarlo.

—¡Tías, hombre! Hay tías por un tubo.

—Ya lo sé —replicó Pedro con brusquedad—. Pero no son como Lola.

Lo incontrovertible de aquella afirmación enmudeció al Heavy durante unos instantes, aunque enseguida volvió a la carga.

—Entonces, ¿te ha dicho que está colgada por otro tío?

—Por otra persona, sí —respondió Pedro destilando dolor en cada sílaba.

—Pero será un tío, digo y o.

Al muchacho le rechinaron los dientes antes de contestar:

—¿Te estás haciendo el gracioso?

—¡Tranqui, colega! Era para ver si te animabas un poco.

—¡Anda y que te den!

(Nueva pausa.)

—Yo creo que a la Gorda le gustas.

—Pues mira qué bien.

—Pero, tío, ¿no has oído eso de «más vale pájaro en mano que piraña en los cojones»?

—Vamos a dejar una cosa clara —dijo Pedro tras encararse con su amigo—. Ya sé que lo estás haciendo con buena intención. Pero ¿quieres dejarme en paz de una puta vez? ¿No tenías que ir a la academia?

—¡Ni de coña! —exclamó el Heavy, esta vez en serio—. No pienso dejarte pasar solo este mal trago.

—Tranquilo —repuso Pedro sonriendo a su pesar—. Ya sabes que no hay río en este pueblo. Y tampoco me apetece tirarme a la vía del tren, que debe hacer mucho daño.

—¡Así me gusta! —dijo el Heavy tras soltar una carcajada—. ¡Con un par de huevos! Ven para acá, que vamos a ahogar las penas con unas birras.

El Heavy arrastró a su amigo del brazo hasta la entrada de una cafetería. Sin embargo, algo que vio a través de la puerta de cristal le hizo detenerse en seco.

—¡Joder! —exclamó el Heavy.

—¡Joder! —lo secundó Pedro.

Al fondo del local, Lola y el profesor de Filosofía se tomaban las manos sentados a una mesa. David le hablaba animadamente mientras la chica sonreía. Y los dos muchachos se quedaron con las narices pegadas al cristal, como dos críos ante el escaparate de una juguetería.

—Mira, tío —dijo al fin el Heavy depositando una mano sobre el hombro de su amigo—. Perdona que te hable así de claro, pero para mí que estos dos... ya sabes... se lo montan. Yo que tú me olvidaba del asunto, colega.

Pero el Heavy se arrepintió de su sinceridad tan pronto como reparó en la cara de su amigo reflejada en el cristal. Hacía mucho tiempo que no veía a Pedro hacer pucheros. Por lo menos desde que ambos llevaban babero y estaban en el

parvulario.

* * *

Media hora antes de que esta escena tuviera lugar, Lola esperaba a David sentada en una mesa de la cafetería donde pronto sería descubierta. La barra del establecimiento estaba repleta de hombres de entre cuarenta y cincuenta años, sujetos enchaquetados y barrigudos que fumaban sin parar, apuraban la penúltima copa y se la comían con los ojos sin el menor disimulo, como si ella fuera una ración más de aperitivo. Lola, con la mirada clavada en su regazo, se lamentó de no haber pensado en un sitio más discreto donde quedar con David. «¿Por qué no dejan de mirarme?», se preguntaba mientras sorbía su té con leche. «Parecen lobos. Y pensar que muchos de estos tendrán hijas de mi edad». A pesar del fuego cruzado de miradas que soportaba, Lola se consideró afortunada al no detectar la presencia de ningún amigo de sus padres o, lo que habría sido peor, de alguien del instituto.

Cuando David apareció por fin y se sentó junto a ella, los mirones volvieron a sus asuntos, no sin antes dirigirle a la pareja una mirada entre furibunda y envidiosa.

—¡Hola! —saludó David visiblemente más relajado que por la mañana—. ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No, acabo de llegar —respondió Lola, aunque se guardó bien de mencionar que aquellos pocos minutos le habían parecido siglos. Su intuición le dijo que sería mejor no abordar directamente el asunto que los había reunido allí—. ¿Qué tal en el instituto? —preguntó con tono casual—. Entre tanto viejo te debes de sentir un crío.

—Pues sí. Esta misma mañana un conserje me ha preguntado adónde iba.

—Igual te ha confundido con un alumno.

—O con un quinqui que se había colado por allí.

Ambos rieron de buena gana y, mientras continuaban charlando de bobadas, la magia del viernes por la noche pareció surgir de nuevo.

—¿Te imaginas para qué quería verte? —dijo Lola por fin, juzgando que había llegado el momento oportuno.

—Sí, claro —respondió David poniéndose serio de repente—. Por lo que pasó la otra noche.

—¿Y bien? ¿Cómo lo ves tú?

—Te voy a decir cómo lo veo —dijo el profesor tomando las manos de Lola entre las suyas, gesto que arrancó destellos de los ojos de la muchacha—. Veo delante de mí a la chiquilla más guapa y más simpática que he conocido en mi vida...

—Entonces... ¿quieres que salgamos? —lo interrumpió Lola apretando mucho las manos de David, aunque no demasiado feliz con lo de «chiquilla».

(Ninguno de los dos advirtió que en aquel momento eran observados desde la puerta.)

—No, Lola. No puede ser.

—¿No? —dijo la muchacha retirando las manos y sin poder evitar que la voz le temblara—. Pero si acabas de decir que te gusto.

—¡Pues claro que me gustas! ¿Cómo no me vas a gustar? No es ese el problema.

—Ya —dijo ella a punto de llorar—. Tienes novia.

David se recostó sobre su silla y se apartó el pelo con ambas manos.

—No tengo novia. La tuve hasta hace poco, pero se hartó de mí.

—¡Pues vaya una idiota! Yo nunca te habría dejado.

—Sí que lo era —convino David con un amago de sonrisa—. Mira, Lola —su gesto se volvió serio—. Tienes ya diecisiete años. Creo que deberías entender por qué tú y yo no podemos tener una relación. ¿De verdad es necesario que te lo explique?

A la muchacha se le atragantó tanta condescendencia.

—¿Explicar? —lo increpó desafiante—. Yo solo sé lo que pasó la otra noche. Nos besamos, tú me abrazaste...

—Y me fui.

—Sí, te fuiste —reconoció la chica—. ¿Por qué?

David le respondió con estudiada brutalidad:

—Porque lo que yo busco en una tía, tú no me lo puedes dar.

—¡Mentira! —El grito de Lola hizo que todos los de la barra volvieran la cabeza hacia ellos—. ¡Tú no me conoces! ¡Yo... te quiero! ¡Yo... puedo darte cualquier cosa que tú me

pidas!

Lola rompió a llorar entonces, y su llanto sonó más a rabia que a desengaño. ¿Cómo podía rechazarla aquel individuo cuando ella se había ofrecido por entero, sin reparos, sin condiciones?

—¡Lola, cálmate, por favor! —le suplicó David murmurando entre dientes mientras lanzaba miradas nerviosas a su alrededor.

—¡Vete a la mierda!

—Yo...

—¡Tú eres un cobarde! —dijo la muchacha sorbiendo por la nariz—. Esta misma mañana me lo has demostrado—. ¿Por qué no te atrevas ni a mirarme? ¿Eh? ¡Venga, contesta!

—Pero tienes que comprender...

—¿Es que te crees que no lo comprendo? —Ahora sí, el grito logró atraer la atención de todo el bar—. «Voy a divertirme un rato con la tonta esta». ¿A que pensaste eso? Y luego, «si te he visto no me acuerdo». El señor profesor quería pasárselo bien. Seguro que luego fuiste a buscar a tus amigos para contárselo. Pero el señor profesor no quiere problemas. «¡Dios mío! ¿Qué dirían mis compañeros si me vieran con esta mocosa?» Y a mí, que me parta un rayo. ¿A que sí?

—No, Lola. Te juro que no fue así. ¡Déjame que te explique!

Y, tras decir eso, le puso una mano sobre el hombro para intentar calmarla, pero la muchacha se revolvió como un animal herido.

—¡No me toques!

David se apartó de ella bruscamente, igual que si lo hubiera sacudido una descarga eléctrica. A continuación, tuvo que permanecer sentado mientras la contemplaba correr hacia la puerta, cegada por las lágrimas, derribando un taburete, atropellando a todos los que se cruzaban en su camino. Ya no le quedaba presencia de ánimo para suplicarle que volviera a escuchar sus absurdas excusas, ni siquiera para sostener aquella mirada repleta de acusaciones que la chica lanzó antes de salir.

«Qué noche tan fría», pensó Lola ya en la calle, y a continuación, sin motivo aparente, le vino a la memoria la

expresión que había visto en el rostro de Pedro pocas horas antes.

* * *

El bueno de Pedro, el tonto de Pedro, llegaba tarde al instituto por primera vez en toda su vida. Pero apenas le importaba. Avanzaba despacio, arrastrando los pies, con la cabeza hundida y un sabor amargo en la boca. Tenía los ojos enrojecidos y húmedos, ojos de sonámbulo, ojos de anciano. Había olvidado su abrigo en casa y un faldón de la camisa le colgaba por fuera de los pantalones, ondeando como el estandarte del fracaso.

Se detuvo al torcer una esquina. El coche rojo de David estaba allí aparcado. Recordaba el número de matrícula y la pegatina de la luna posterior. Sacó las llaves de su casa del bolsillo, se acercó al coche y, con rabiosos movimientos, comenzó a trazar sobre el capó una gran «C» mayúscula, la primera letra de la palabra «CABRÓN».

Capítulo 3

EL CENTRO DE LA TELARAÑA

Lola no fue a clase aquel día, ni siquiera se levantó de la cama. Sus padres aceptaron la excusa de que los dolores de la regla eran muy fuertes y la dejaron para ir a trabajar, con la única compañía de un vaso de agua y una caja de analgésicos. La muchacha dormitó hasta bien entrada la mañana, dedicando los breves momentos en los que el sueño la abandonó a imaginar que estaba muerta, o simplemente que no estaba. Con las persianas cerradas, observando la oscuridad, escuchando los ruidos amortiguados que llegaban de la calle, inmóvil, casi sin respirar, Lola llegó a creerse un mueble más de su cuarto, un objeto ajeno al sufrimiento. No sentir dolor, ni tampoco placer, ni pena, ni alegría. No sentir nada en absoluto. Eso era lo único que deseaba.

Su madre se escapó a mediodía de la oficina para hacerle una visita.

—¿Te duele mucho, hija?

—Sí —fue la lacónica respuesta de la muchacha.

—Es raro, ¿no? Nunca habías tenido dolores tan fuertes.

A ver si va a ser otra cosa. ¿No tendrás fiebre?

Pero el termómetro no marcó más que la temperatura normal. Aun así, alarmada por la postración de Lola, su madre llamó al trabajo para avisar de que no iba a regresar durante el resto de la mañana.

—Vístete, que nos vamos al médico.

Lola no dio muestras de haberla oído. Su madre incorporó de la cama el peso muerto de la muchacha, le quitó el pijama y comenzó a vestirla como si fuera una niña pequeña. Lola se dejó hacer con expresión ausente, mientras su madre sollozaba.

—¡Mi niña! ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así? Háblale a mamá, por favor.

Durante el trayecto en taxi hasta la consulta del médico, Lola continuó sin abrir la boca. Se limitó a contemplar cómo las calles y plazas huían tras la ventanilla, y aquella ciudad donde siempre había vivido le pareció un lugar extraño y amenazador,

un lugar donde no había sitio para ella.

—No se preocupe —dijo el médico tras reconocerla—. No es nada. Agotamiento, quizás. La tensión de los estudios. Pasará con unos días de descanso. Sin embargo, como precaución, llévela a que le hagan esta analítica.

Su sangre llenando la jeringuilla. ¿Pero es que todavía quedaba sangre en sus venas?

* * *

No salió de casa durante el resto de la semana. No vio a nadie. Se negó a contestar el teléfono. Esther y las demás amigas llamaron tantas veces que sus padres tuvieron que dejar el auricular descolgado. Por fin vinieron a visitarla. Oyó sus voces desde el piso superior y se encerró en su cuarto. Su madre la excusaba: «No os preocupéis. De verdad. En los análisis no le ha salido nada. Son nervios, cansancio. Ha trabajado tanto este curso, la pobre».

Dormía mucho, casi todo el día. Vivía de sueños. Casi siempre eran imágenes sin sentido que se desvanecían como la niebla. Pero logró recordar algunos de ellos. Soñó que Pedro volvía a declararse, y esta vez ella le decía que sí, y se casaban, y tenían hijos, y se hacían viejos juntos. Otra vez soñó que había vuelto a ser pequeña, un bebé al que su madre mecía en la cuna, una niñita de dos años que su padre llevaba al parque, a jugar en los columpios. También soñó con David, y se sintió sucia cuando al despertar notó aquel calor entre sus piernas.

El sábado sus padres mencionaron la posibilidad de acudir a un psicólogo. ¡Ah! ¡Eso sí que no! Un loquero cosiéndola a preguntas, escarbando en su mente, empeñado en saber lo que bullía dentro de su cabeza.

—Estoy ya bien. Os lo prometo —mintió del modo más convincente que supo—. El lunes voy a ir ya al instituto.

Sus padres la miraron con preocupación y le aseguraron que no la obligarían a ir a un especialista en contra de su voluntad.

Y cumplió su promesa. En lunes por la mañana, tras recoger unos cuantos cascotes dispersos de sí misma, Lola

saltó de la cama, se duchó, se vistió y se fue a clase.

* * *

Sus compañeras la recibieron como si volviera victoriosa de la batalla. Le dieron tantos besos que le dejaron la cara colorada de carmín. Lola devolvió todos los besos y agradeció todas las muestras de interés por su salud.

—Estoy ya bien... muchas gracias... *mua, mua* ... nada, no ha sido nada, cansancio... *mua*... sí, y a me ves... una semana de vacaciones y como nueva...

Lola estaba resuelta a que todos la vieran como la misma chica de siempre. Sabía que le costaría un esfuerzo enorme recomponer la imagen de aquella muchacha simpática y desenvuelta, reconstruir sus gestos, su alegría, su confianza en sí misma. Pero cualquier esfuerzo quedaría recompensado si nadie advertía que Lola se había ido, y el ser que tenían delante no era más que un autómatas que la imitaba.

Faltaban un par de minutos para el comienzo de las clases cuando Esther le pidió que la acompañara al servicio.

—¿Ahora? Pero si está a punto de sonar el timbre.

—Tranquila, que es la de Física. Le diremos que venimos de misa y que el cura se ha alargado con el sermón.

Quizás debido a lo temprano de la hora, en el servicio de chicas faltaba la habitual nube de humo. Nadie se tomaba muy en serio en aquel instituto la prohibición de fumar, empezando por los profesores, que solían ir de acá para allá dándole frenéticas caladas a sus cigarrillos.

—Tía, ¡qué borde! —le dijo Esther—. ¿Por qué no te ponías al teléfono? Ni siquiera saliste cuando fuimos a verte.

Lola rehuyó su mirada, por si las moscas.

—Por favor, no te mosquees. A veces una tiene que estar sola. Tú tampoco querías ver a nadie cuando cortaste con aquel tío.

—¡Ah! ¡Conque era eso! Mal de amores.

—No digas chorradas.

—¡Vengaaaaa! —dijo Esther con sonrisa pícara y ojos entornados—. Suéltalo ya, Lola. El lunes por la tarde ha bías quedado con David y el martes estabas mala. Dos y dos son

cuatro, tía.

—Vale, te lo cuento. Pero solo si me prometes que no vas a volver a sacar esto a relucir.

—¡Palabrita del Niño Jesús!

—Pues mira. Estuvimos hablando de lo que pasó la noche de marras y nos dimos cuenta de que había sido una tontería. Vale, nos dimos un morreo y tal. ¿Y qué? No es para tanto. No es como acostarse ni nada de eso, creo yo.

En los cuatro años que la conocía, Esther jamás había oído a Lola expresarse de aquella forma tan descarnada. ¿Qué le había ocurrido a su amiga?

—Sigue —le dijo ansiosa por reunir más pistas.

—Pues, nada. Tú misma me lo dijiste. Él es un tío mayor y yo aún soy una cría. Y es mi profesor. Decidimos olvidarlo todo y tan amigos.

Esther no se creyó una palabra.

—A ver, Lola. Mírame.

Lola levantó la vista lentamente, aterrada con la idea de que al cabo de unos instantes lo estaría confesando todo, como un reo bajo tortura. Pero no ocurrió nada. Esther se empleó como nunca lo había hecho, puso en juego todo su poder. Se imaginó que era Medusa, aquel monstruo del que les habían hablado en clase de Cultura Clásica, la que tenía serpientes en la cabeza y petrificaba a la gente con la mirada. Y siguió sin ocurrir nada.

—¿Ves? —Lola le sostenía la mirada con gesto relajado —. Te he dicho la verdad.

Pero Esther no se quedó tranquila. Todo lo contrario. Sintió miedo. Sintió auténtico pánico, porque se dio cuenta de que allí, tras aquellos ojos que parecían los de Lola, no estaba la chica que ella conocía. Y durante un instante terrible tuvo la sensación de que su amiga se había muerto.

* * *

Mientras Esther llamaba a la puerta del aula y solicitaba el permiso de la profesora para entrar, Lola vio que Pedro subía por la escalera. ¡Dios mío! ¡Qué pinta! Ojeroso, despeinado, los zapatos llenos de polvo y los libros debajo del brazo. ¿Dónde

estaba el chico impecable del maletín? ¿Adónde había ido a parar el inspector de Hacienda?

—Hola —le dijo Lola al muchacho con una punzada de remordimiento—. ¿Estás bien?

—Yo sí. ¿Y tú? Has estado mala, ¿no?

—Un poco. Pero aquí estoy otra vez.

—Me alegro.

Pero a Lola no se le escapó que el muchacho mentía. O mucho se equivocaba, o era rencor lo que había visto en sus ojos. Quizás en el pasado le habría preocupado que alguien la mirara así, pero ahora le daba lo mismo. Desde el interior de la clase, se oyó la voz de la profesora de Física diciendo «amén» y dándoles permiso para entrar.

* * *

Durante el recreo, el Heav y se aproximó a un grupo de chicos que charlaban en la cafetería del instituto. Para un profano se trataría también de seguidores del *heavy metal*, pero ningún observador experimentado pasaría por alto las diferencias. Para empezar, la actitud del grupo no era enérgica y resuelta como la del Heav y, sino más bien blanda e indolente. Y luego estaban las camisetas, claro. En lugar de AC/CD, Motörhead o Judas Priest, las camisetas de aquellos muchachos lucían nombres como Nirvana, Alice in Chains y Pearl Jam. Para cualquiera que supiera de qué iban las cosas en el mundo, aquel detalle era toda una declaración de principios, tanto éticos como estéticos.

Al Heav y no le caía del todo bien la peña *grunge*, un movimiento que se le antojaba rudimentario y bobalicón comparado con la potencia de sus grupos favoritos de *heavy metal* («Los *indies* esos son unos maricones de mierda», habrían sido tal vez las palabras textuales del muchacho). Tenía la sensación de que lo único que ocultaba la rebeldía de aquellos tíos era la estupidez y la falta de ideas. Además, le molestaba su manía de ponerse ciegos a «pastis» en las noches del fin de semana, aunque en eso prefería no entrar por miedo a pecar de moralista. Pero la triste realidad era que cada vez quedaban menos especímenes de su raza, por lo que más valía juntarse

con los *grunge* que comerse el bocadillo a solas.

¿Y Pedro? Pues Pedro había rehuído cuidadosamente su compañía durante toda la semana anterior y, por lo visto, pensaba hacer lo mismo en la recién iniciada. El Heavy lo veía salir del instituto todos los días a la hora del recreo, cruzar la avenida y perderse entre los árboles del parque. Lo que allí hacía era un misterio, aunque lo más probable es que se dedicara a lamerse las heridas tras el chasco que se había llevado con Lola. Quizás había estado demasiado duro con su amigo al soltarle aquello de que Lola y el de Filosofía «se lo montaban» y que mejor se olvidara del asunto. Pero (¡qué coño!) la muchacha era libre de hacer lo que le viniera en gana. Ojalá Pedro dejara de portarse como un crío y se diera cuenta de que no basta con que a uno se le antoje una tía, porque ellas también tienen algo que decir en el asunto.

—¿Qué pasa, troncos? —saludó el Heavy a los *grunge*
— ¿Qué se cuece?

Los muchachos se intercambiaron miradas de desconfianza, hasta que uno de ellos, jefe indiscutible del clan por su lejano parecido con el malogrado Kurt Cobain, le dio al Heavy el visto bueno con un gesto afirmativo.

—Estábamos comentando la última de Martínez, el de Historia.

Don Baldomero Martínez batía sin duda el récord de excentricidad entre el profesorado, y eso que en aquel claustro abundaban los frikis. Aquel cincuentón coloradote y tripudo era famoso por dedicar mucho más tiempo a la observación de la anatomía de sus alumnas que a explicar su asignatura, motivo por el que las chicas lo evitaban como al demonio. Sin embargo, para los muchachos se había convertido en una especie de figura cómica, un bufón al que se podía tratar con la misma familiaridad que al tonto del pueblo.

El concepto que don Baldomero tenía de la disciplina era tan laxo que sus clases a menudo acababan como el rosario de la aurora, con toda suerte de objetos surcando los aires y los alumnos correteando por el aula o enzarzados en animadas discusiones. Pero hasta los más jóvenes se cansan del caos a veces y entonces, aburridos ya de tanta jarana, los alumnos solicitaban la guía y consejo de su profesor. A don Baldomero le

importaban un pimiento Napoleón, Bismark o las causas de la 2ª Guerra Mundial, pero mostraba en cambio gran elocuencia a la hora de relatar anécdotas escabrosas. Y así, aunque no constara por escrito, las aventuras galantes de don Baldomero por todos los locales de alterne de la provincia habían pasado a formar parte del proyecto curricular del centro, en su sección de temas transversales, apartado de educación para la sexualidad.

—¿Qué pasa? —preguntó el Heavy con socarronería—. ¿Ha ido otra vez a ver a Débora, la mulata del Pantera Negra? Con tantos detalles como nos ha dado yo creo que la reconocería si me la cruzara por la calle.

—¡Qué va, tío! ¡Peor! Pero que te lo cuente este, que fue en su clase.

—¡Flipa! —dijo el aludido con tono de conspiración—. El viernes lo convencimos para echar una partida al *strip poker*.

—¡No me jodas! —exclamó el Heavy incrédulo.

—Te lo juro, tío. Le ganamos la primera mano y le dijimos que se quitara las gafas (ya sabes que no ve una mierda sin gafas). Pues bueno, le hicimos trampas y al final... ¡lo dejamos en calzoncillos!

La carcajada fue tan atronadora que sus ecos se extendieron por todo el instituto. Entretanto, el Heavy sacudía la cabeza y se reafirmaba en su inveterada opinión de que la mayoría de los profesores estaban tocados del ala, cuando no eran lunáticos declarados.

—Pues eso no es nada. Esperar que os cuente de qué me he enterado —dijo otro de los *grunge* cuando las risas amainaron por fin.

—¡Cuenta, cuenta! —suplicaron los demás.

—¿Sabéis quién es Lola Muñoz, la tía esa de 1º A que está para mojar pan? —El resto del grupo, a excepción del Heavy, asintió con vehemencia—. Pues me han dicho que se ha liado con el nuevo de Filosofía.

Todas las bocas formaron «oes» de asombro. El Heavy, en cambio, se limitó a ponerse serio.

—¡Joder, qué fuerte! ¡Vaya con la putilla esa, que ha puesto cachondo al de Filosofía! Pero de eso tienes que estar enterado tú, ¿eh Heavy? La tía esa va a tu clase.

En lugar de responder, el muchacho dio media vuelta y se

alejó del grupo. Instantes después, cruzaba la avenida y emprendía la búsqueda de Pedro por el parque.

* * *

Sentado en el mismo banco donde Lola le había dado calabazas unos días antes, Pedro meditaba acerca de la miseria de la condición humana y de la responsabilidad de las mujeres en ella. Alguien se había acordado por fin de limpiar el busto de Cervantes, que lo contemplaba con expresión severa desde su pedestal. «¡Imbécil!», parecía gritarle al muchacho. «Olvídate de todo este lío. Vuelve a tus estudios. Vuelve a tu vida». Pero Pedro no podía olvidar, y se obstinaba en quemarse la sangre tramando nuevos medios para vengar su orgullo herido. Tan ensimismado estaba que apenas reparó en la presencia del Heav y cuando este por fin dio con él.

—Has sido tú, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Qué te he hecho yo? —preguntó Pedro distraído.

—Tú eres el que va contando por ahí que Lola y el de Filosofía están liados.

—¿Y qué? ¿Te importa a ti algo?

—¿Por qué lo has hecho?

—¡Para que se jodan!

—Pero... ¿qué más te daba? Tú ya estabas fuera.

Pedro lo miró con expresión cansada.

—Vete, anda. Déjame en paz.

Pero el Heav y optó por armarse de paciencia.

—Mira, tío. Soy tu colega, ¿vale? Ya sé que te tienes mucha lástima y todo eso. Pero esta movida que estás montando no te va a hacer ningún bien. Y al final el jodido vas a ser tú.

Pedro se puso en pie con los ojos echándole chispas.

—¡Te he dicho que te largues y me dejes en paz! ¿Quién eres tú? ¿Mi padre? Pues entérate de una puta vez: estoy hasta los cojones de tus consejos. «Haz esto. No hagas lo otro. Dile esto. Dile lo de más allá». Me tienes ya hasta los huevos. Además, tú eres el que te pasas la vida poniendo a parir a todo

el mundo. ¿Qué pasa? ¿Ahora te has metido a catequista?

El Heavy le respondió con tono tranquilo:

—Vale. Puede que sea un cínico. Pero por lo menos no soy un hijo de puta.

Entonces notó que Pedro apretaba los puños y que todo su cuerpo se tensaba, como si estuviera a punto de golpearlo. El Heavy dio un paso hacia atrás instintivamente, aunque no fue necesario repeler ningún ataque. Tras murmurar algo entre dientes, Pedro le dio la espalda y se alejó de vuelta al instituto.

* * *

Cuando David llegó a dar su clase, al autómatas que antes era Lola casi se le cae su máscara de fingimiento. «¿Cómo es posible que todavía quiera a este tío», pensó, «con todo lo que me ha hecho?» Pero así era, aún lo quería. Hay quien dice que el amor y el odio son sentimientos contiguos, que es fácil llegar a odiar a quien se quiere y enamorarse de quien se odia, pero en aquel momento Lola se dio cuenta de que aquello era una majadería. «No le dejes notar que aún estás colada por él», se dijo. «No le dejes que te haga más daño».

David se sobresaltó cuando vio a Lola ocupando su sitio. Fue tan grande su sorpresa que se quedó congelado a medio camino entre la puerta y su mesa. Por un instante, la muchacha tuvo la impresión de que iba a dejarse vencer por el pánico y salir huyendo. Entonces David la interrogó con la mirada, como pidiéndole permiso para entrar. «Me tienes miedo», pensó la chica con amarga satisfacción. «Has jugado conmigo, pero yo también sé jugar». Y le sonrió, sorprendida de lo fácil que le resultaba ahora fingir.

El suspiro de alivio de David fue casi audible.

—¡Vaya! Tú por aquí. ¿Ya estás bien? —le preguntó tras acercarse a su pupitre—. Nos tenías preocupados.

«Hipócrita», pensó Lola.

—Perfectamente. No ha sido nada.

—Si quieres te puedo dejar los apuntes de lo que dimos la semana pasada.

—No, no hace falta. Ya se los pediré a mis compañeras.

—Pues sé bienvenida.

Y dio comienzo la clase, que fue tan brillante y amena como la del primer día. A pesar de ello, Lola no escuchó ni una sola palabra, al igual que le había ocurrido con todas las lecciones anteriores. Los autómatas imitan a los seres humanos a la perfección. Andan, se mueven y gesticulan como nosotros. Hasta saben hablar. Pero no pueden pensar ni aprender.

* * *

Al terminar la clase, David llamó a Lola a un rincón discreto.

—Llevaba esto conmigo, por si volvías —le dijo abriendo su mochila y sacando un libro.

—¡Vaya! Si es *Lolita*. ¿Me lo prestas?

—Te lo regalo.

—Pues muchas gracias. ¡Qué detallazo!

—Mira la dedicatoria.

Lola abrió el libro y leyó lo que David había escrito en la primera página:

—«*Para Lola, por lo que pudo haber sido*». Muy bonito.

¿Se te ha ocurrido a ti?

—¿Qué pasa? —dijo David doliéndose del sarcasmo de la muchacha—. ¿No te gusta?

—Pues claro, tonto. Me acuerdo de lo que me contaste sobre este libro. Es una novela guarra, ¿verdad?

David tragó saliva.

—No, Lola. Es una novela de amor.

Mientras regresaba a su casa, Lola estuvo tentada de arrojar el libro a una papelera, pero se lo pensó mejor. Al fin y al cabo, siempre había sentido curiosidad por leerlo.

* * *

Aquel curso las vacaciones de Semana Santa caían temprano, con lo que los exámenes estaban a la vuelta de la esquina. Lola seguía manteniendo las apariencias en público. Para todos (menos quizá para Esther, quien se jactaba de conocerla «como si la hubiera parido») seguía siendo la chica modosita y aplicada de siempre, esa alumna ejemplar que

escuchaba a los profesores con expresión reverente y tomaba apuntes con la exactitud de un notario levantando acta. De lo que nadie pareció darse cuenta fue de que sus apuntes muy poco tenían que ver con las explicaciones de clase. Algunas veces transcribía letras de canciones de memoria. Las de Bruce Springsteen resultaban de lo más adecuado para las clases de Inglés, sobre todo por si a alguien le daba por echarle una mirada a su cuaderno. Otros días, cuando se sentía especialmente inspirada, recreaba el argumento de los cuentos de Grimm y de Andersen, introduciendo variaciones en la historia o en la idiosincrasia de los personajes que iban a tono con su estado de ánimo —Caperucita y el Lobo, por ejemplo, se aliaban para tramar el asesinato de la Abuelita, que finalmente ejecutaban con violencia y sadismo propios de una cinta de Quentin Tarantino—. El cine también demostró ser un filón inagotable, en especial las peripecias de Indiana Jones en *En busca del arca perdida* y sus dos secuelas, con cuyo relato Lola tuvo material de sobra para dos clases de Física y una de Matemáticas.

Pero cuando se encerraba en su habitación, tras anunciarles a sus padres que iba a preparar el examen de esta o aquella asignatura, ya no era necesario fingir. Tumbada en su cama, Lola miraba las sombras móviles del techo y ya nada le importaba, tal era la perfección que había alcanzado en el arte de vaciar la mente. Su cabeza comenzó a antojársele un viejo cacharro de cocina. A veces hasta se la golpeaba con los nudillos a fin de comprobar si se oía el *clon clon* que hacen las cacerolas al caer al suelo. Y sí, no había duda, sonaba a hueco.

Más tarde, a la hora de la cena jamás olvidaba hacer algún comentario sobre la dificultad del inminente examen y lo mucho que le había cundido la tarde, con lo que lograba que sus padres sonrieran, felices por su rápida y completa recuperación.

Lola sabía que aquella farsa no podría prolongarse durante mucho tiempo, pero tampoco esa idea la inquietaba. Vivía en un eterno presente, sin importarle, como les ocurre a los niños pequeños o a los animales, lo que pudiera ocurrir mañana. A decir verdad, ni siquiera tenía conciencia de que hubiera un mañana.

Más por hastío que por interés genuino, Lola se decidió

por fin a abrir el libro que David le había regalado. Aquella historia del profesor maduro y refinado que se obsesiona por una adolescente, tanto que llega a casarse con su madre para poder seducirla con más facilidad, le resultó tan apasionante que se la leyó casi de un tirón, y ello a pesar de algunos detalles sórdidos que la asquearon un poco. Lo que más le gustó fue la crueldad con que Lolita trata al final del libro a Humbert Humbert, su padrastro y amante. Cómo le habría gustado a ella tener los suficientes arrestos y frialdad para hacer lo mismo con David.

Tras acabar el libro, a Lola le resultó evidente que su profesor había jugado con ella a ser el protagonista de aquella historia. La muchacha se creía inmune a cualquier sentimiento intenso, como la indignación, pero aun así se sintió molesta al pensar que David le había dado el libro sin creerla lo bastante inteligente para atar cabos.

Y llegaron por fin los exámenes, en los cuales, y ante la mirada atónita de sus profesores y compañeros, Lola se limitó a escribir su nombre y a observar las copas de los árboles a través de la ventana. Durante el examen de Filosofía llegó incluso a experimentar algo parecido a la diversión. David no le quitaba ojo de encima y, conforme los minutos pasaban sin que ella se decidiera a mancillar la blancura del papel, se le veía más nervioso y cariacontecido.

—¿Te pasa algo, Lola? —se atrevió a preguntarle por fin.

—Nada —le respondió la muchacha con sonrisa angelical—. Los nervios, que no me dejan concentrarme.

El resto de sus profesores la acribillaron también a preguntas, aunque tan solo obtuvieron evasivas similares por respuesta. Su caso se convirtió pronto en la comidilla del claustro: todo indicaba que Lola Muñoz, la alumna con quien todo docente sueña, iba a suspender las siete asignaturas en la segunda evaluación. Y así fue como su tutor se vio abocado al mayor enigma de su vida profesional. Él era una persona sencilla y poco inclinada a entrometerse en la vida privada de los alumnos, pero las responsabilidades de su cargo no le dejaban más alternativa que probar a desenredar la madeja. Mantuvo, pues, una entrevista con la muchacha, durante la cual esta lo toreó con tal pericia y desenvoltura que el pobre hombre

llegó a cuestionar seriamente su competencia para aquel trabajo. Convencido al fin de que el problema estaba más allá de sus facultades, o quizás simplemente ansioso por sacudirse el «muerto» de encima, el tutor resolvió poner el caso en manos más expertas que las suyas.

El Destino llamó a la puerta de Lola un viernes por la mañana, en plena clase de Física, y bajo la apariencia mortal del conserje conocido como «Mortadelo».

—¿Dolores Muñoz? —preguntó «mortadelo» con la voz cansina propia de quien ha ascendido en contra de su voluntad seis largos tramos de escalera—. ¿Eres tú? Que dice el «psiquiatra» que vayas a verlo ahora a su despacho.

La rechifla de sus compañeros fue general, pero a la muchacha no le importaron las risas. Lo que de verdad la mortificó fue su falta de previsión, tanto que sintió ganas de darse de bofetadas. A pesar de todos sus planes, argucias y fingimientos, iba a caer en las garras de un psicólogo. Y no había absolutamente nada que pudiera hacer ahora para evitarlo.

* * *

DEPARTAMENTO DE ORIENTACIÓN, rezaba el ominoso rótulo de la puerta. Lola dio tres golpes suaves con los nudillos.

—¡Adelante! —respondió una voz grave desde el interior.

A Lola le sorprendió que el departamento de orientación no tuviera aspecto de manicomio o de mazmorra medieval. No había allí camisas de fuerza, celdas de aislamiento, grilletes ni látigos de siete colas. De hecho, su aspecto era idéntico al de cualquier otro despacho del instituto: tableros de anuncios, escritorios, libros, montañas de papeles, polvo y desorden. El psicólogo tampoco tenía pinta de oficial de las SS, aunque este hecho no sorprendió a Lola, puesto que ya lo conocía de vista. Era un hombre de cuarenta y tantos, bien vestido, de apariencia juvenil y sonrisa fácil; «un viejo que molaba», tal y como afirmaban muchas de las alumnas. Después de todo, quizás las pavorosas historias que corrían por el instituto acerca de aquel lugar no fueran ciertas.

—Siéntate, por favor —dijo el orientador en tono afable

mientras tecleaba vertiginosamente en el ordenador.

Lola observó el monitor fascinada, preguntándose qué significaban todas aquellas extrañas formas geométricas conectadas con trazos de diferentes grosores, aquellas siglas que sonaban a organización subversiva, y aquellos términos propios de un saber arcano y esotérico —«plan de acción tutorial», «programa de diversificación curricular» y «temporalización y secuenciación del proceso de enseñanza-aprendizaje» eran algunos de los más extraños—. Resultaba fácil imaginar al orientador como un hechicero en plena elaboración de una carta astral, o tal vez alguna macabra fórmula de invocación satánica.

—¿Qué tal, Dolores? —dijo por fin el psicólogo apagando el ordenador y enterrando con ello su secreto en las entrañas de la máquina.

—Bien —respondió Lola, resuelta a no soltar más que su nombre, rango y número de placa.

—Estás en primero de bachillerato, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué tal te va a nivel de tus profesores?

—Bien —respondió Lola, aunque algo insegura del significado de la pregunta.

Y así continuó la conversación durante al menos diez minutos, con el psicólogo formulando toda suerte de preguntas banales y Lola respondiéndolas con monosílabos. La muchacha tuvo que admirar a su pesar la inteligencia de aquella táctica. El tipo estaba «preparando el ambiente», incitándola a bajar la guardia para arremeter contra ella en el momento en que más indefensa se encontrara. Había oído contar que hasta los gamberros más correosos del instituto acababan derrumbándose y confesando todas sus fechorías, junto con cientos de detalles sobrecogedores acerca de padres alcohólicos, madres adictas al *várium*, palizas y vejaciones.

—¿Y a nivel de tu casa? ¿Tienes buen ambiente?

El orientador estaba sacando por fin la artillería pesada. Lola vaciló durante unos segundos. Si seguía respondiendo con evasivas, aquel sujeto era muy capaz de no dejarla en paz en toda la mañana o ¿quién sabe si incluso de vencerla por agotamiento? Lola discurrió a toda velocidad, con una lucidez

que jamás había experimentado, hasta que la salida de aquel embrollo la golpeó con la fuerza de una revelación.

—Sí —dijo finalmente con un encantador mohín—.

Aunque hay algo que me preocupa y aún no me he atrevido a contar a mis padres.

El psicólogo se inclinó hacia ella como un lobo husmeando a su presa.

—¿Cuál es el tema, Dolores? Ya sabes que estoy aquí para ayudarte.

Lola realzó su interpretación con una pausa dramática. Acto seguido, se las arregló para que su voz transmitiera un desaliento muy convincente:

—Pues el tema es la comida. Me da asco. Vomito siempre a escondidas después de comer.

Y conforme hablaba, iba urdiendo una complicada patraña para la que le fueron de gran utilidad su buena memoria y unos cuantos folletos sobre la anorexia nerviosa que había leído. Cuando alcanzó el fin de su confesión, el psicólogo sonreía de oreja a oreja.

—Bueno, Dolores —dijo muy ufano por su triunfo—. En base a lo que me has comentado, puedo decirte que el tema es complejo. No obstante, vamos a comenzar a implementar vías de cara a su resolución. Seguiremos trabajando a nivel de tus padres, y ya verás qué pronto finaliza todo. ¿Vale?

Lola creyó entender que se lo iba a decir a sus padres y asintió con humildad, mientras en su interior se preguntaba cómo demonios iba a escapar de aquella telaraña de mentiras que había tejido en torno a su persona. Tal vez nunca fuera capaz de encontrar una salida, pero eso apenas le importaba.

—Adiós, muchas gracias, dijo Lola al tiempo que cerraba la puerta de la sala de interrogatorios.

A su espalda, el ordenador del psicólogo comenzó a zumbar de nuevo.

* * *

Tras la clase de educación física, Lola se metió bajo la ducha. Estaba sola en el vestuario, pues casi ninguno de sus compañeros se duchaba. De hecho, tampoco ella lo hacía la

mayoría de las veces. Resultaba insólito que hubiera agua caliente y, además, los cinco minutos de descanso entre clase y clase no daban para muchas abluciones. Pero hoy, por ser la última hora de la semana, el profesor les había dejado salir un poco antes. Por eso, tras esperar a que sus compañeros se marcharan, decidió no resistirse a la tentación de la ducha.

¡Milagro! El agua estaba caliente, tanto que tuvo que abrir el otro grifo para no quemarse. Su cuerpo, en tensión desde la entrevista con el orientador, comenzó a relajarse, músculo a músculo, tendón a tendón, hasta que se sintió invadida por una deliciosa sensación de calma.

Repasó lo que habían hecho en clase de Educación Física, quizás la única que le había interesado realmente en mucho tiempo. Aquel día había tocado expresión corporal. A lo largo del curso, el profesor les había pedido que compusieran un personaje, una especie de *alter ego* que debían enriquecer paulatinamente con nuevos matices. El personaje de Lola se parecía mucho a ella. Era alguien seguro de sí mismo, desenvuelto, que siempre pisaba más fuerte que los demás. Claro que, durante las últimas semanas, las cosas habían cambiado. Cambios sutiles, al principio, como un ligero encorvamiento de la espalda o una mirada furtiva de vez en cuando. Pero los cambios se habían acentuado hasta que nada quedó del personaje original. Ahora avanzaba renqueante, arrastrando los pies, siempre la última de la fila. El personaje de Lola se frotaba las manos, miraba a los demás de soslayo, con infinita desconfianza, y a menudo les dedicaba muecas horribles, como la bruja de un cuento infantil.

—Enhorabuena, Lola —le había dicho hoy el profesor de Educación Física—. Te estás convirtiendo en una actriz consumada.

¡Una actriz! Valiente ironía.

Lola oyó que alguien entraba en el vestuario. Debía de tratarse de alguna compañera que se había dejado los libros, o quizás de una crfa pelándose la última clase. Los alumnos del primer ciclo de la ESO eran, en opinión de Lola y sus coetáneos, una auténtica plaga en el instituto. Aquellos chavales gritaban, brincaban, se perseguían por los pasillos, se peleaban y jugaban con toda la inocencia de sus doce o

trece años. Los mayores, que simpatizaban poco con sus encantos infantiles, los miraban siempre con menosprecio, pero para los profesores se habían convertido en una auténtica pesadilla. Más de uno había estado a punto de ser arrollado por una horda de niños que aún eran incapaces de distinguir los venerables pasillos del instituto del patio de su cole. «¡Son como la langosta!», se oía decir a algún profesor exasperado a veces.

A los «críos» no acababa de entrarles en la cabeza que en el instituto era también obligatorio asistir a clase. A menudo se les veía escabullirse por los rincones, siempre ojo avizor a la amenaza del profesor de guardia. La puerta de la calle estaba celosamente vigilada, de modo que los vestuarios del gimnasio se habían convertido en su escondrijo favorito.

—¿Tienes tabaco? —oyó Lola decir con voz infantil.

—Sí. Esta mañana le he quitado a mi madre dos *fortunas* del bolso.

—¡Guay!

El *clic* de un mechero y suspiros de placer.

—¿Has visto el *Super Pop*? Mel B, la de las Spice, ha dicho que ella siempre hace el amor con preservativo.

Y así continuaron durante unos minutos. Hablaron sobre las Spice Girls y los Backstreet Boys, glosaron los atractivos de sus compañeros de clase, se exhibieron sobre las extravagancias de sus profesores, a cuál más pirado, como «el coñazo de Ciencias», empeñado el hombre en transmitirles a sus alumnos su pasión por la apicultura, sin otro resultado que una abundante cosecha de incompreensión y bostezos. Entretanto, Lola las escuchaba muy divertida desde la ducha, recordando aquellos tiempos lejanos y felices en los que a ella le divertían las mismas tonterías.

—Oye, ¿te has enterado de lo de la tía esa de bachillerato? —dijo una de las dos niñas adoptando un tono de confidencia.

Lola se puso rígida bajo el chorro de agua, que por cierto estaba empezando a enfriarse.

—¿La que se ha liado con el profesor? ¡Claro! Si lo comenta todo el instituto.

Se oyeron carcajadas.

—¡Tía, qué puta! Algunas hacen lo que sea con tal de aprobar.

—Creo que se encuentran todos los días después de clase, y que se van a su casa.

—A follar, seguro.

El agua comenzó a brotar helada, aunque no más que el corazón de Lola.

—Tía, ¿te imaginas acostarte con un profesor?

—¡Qué asco, por Dios! Ya hay que ser putón.

—A lo mejor hasta...

A Lola la sangre le zumbaba en los oídos con tanta fuerza que no pudo oír lo que siguió. Sí oyó, en cambio, la nueva salva de carcajadas, seguida de risitas y cuchicheos que se prolongaron tanto como los cigarrillos. Cuando por fin se marcharon, Lola salió de la ducha, tiritando de frío y encendida de vergüenza.

* * *

El Heavy abandonaba gimnasio cuando se topó con Lola. Se había quedado unos minutos tras la clase para charlar con Arturo, el profesor. Le gustaba aquel tío. Era lector voraz y también escritor, como él mismo, y siempre le recomendaba algún buen libro que meterse entre pecho y espalda. Además, y ello a pesar de sus modales pausados y su apariencia de monje franciscano, el Heavy percibía en su profesor de gimnasia una vena canalla y subversiva que le agradaba muchísimo.

Pero ¿qué le pasaba a Lola? Estaba allí parada, en la puerta del gimnasio, con el pelo chorreando y una expresión indefensa que partía el corazón. El Heavy casi pudo oler el dolor de la muchacha.

—¡Lola! ¡Tía! ¿Te pasa algo?

Lola giró la cabeza hacia él, lo miró con ojos ciegos, sin reconocerlo, y se quedó congelada de nuevo. Nunca había sido aficionado el Heavy a las demostraciones de afecto, pero juzgó que aquella situación era totalmente excepcional. Así pues, el muchacho se acercó a ella y la tomó suavemente por el brazo.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —le preguntó tan suavemente como pudo.

De repente, la muchacha se derrumbó sobre su hombro y comenzó a sollozar. Y no se trataba de un llanto cualquiera. Mientras el cuerpo de Lola se convulsionaba pegado al suyo, el Heavy notó que sus propios ojos se humedecían también.

—Venga, mujer —le susurró al oído al tiempo que la rodeaba con sus brazos—. No pasa nada. Seguro que se puede arreglar.

Y entretanto Lola se dio cuenta de que cada lágrima disolvía una pieza del autómatas, aunque ella pensaba que su coraza era más dura que el acero. Y, debajo de todas ellas, donde no debía haber más que vacío y oscuridad, estaba Lola, la pobre, indefensa y desolada Lola.

En ese momento sonó el último timbre, el que anunciaba que había que abandonar el edificio.

—Vete a casa —oyó que el Heavy le decía—. Habla con tus viejos.

Lola se dio cuenta de que era lo mejor que podía hacer. Muy despacio, se separó del Heavy y, tras aceptar el pañuelo que le ofrecía, musitó un «gracias» y se marchó. El muchacho se quedó embobado, mirándola alejarse y sintiendo en el rostro y el pecho la cálida humedad de sus lágrimas. Estaba casi seguro de que a Lola le habría servido cualquier hombro conocido para desahogarse. Aun así, se alegraba de haber estado allí para poder ofrecerle el suyo.

* * *

Esther había quedado con las amigas aquella tarde de viernes. Los del último curso daban una fiesta para recaudar fondos. Eran la última promoción de COU de la historia del instituto y, para celebrar la extinción de su sistema educativo, se iban de viaje de estudios a Italia en Semana Santa. ¡Qué suerte! Esther había oído que en Italia estaban los tíos más macizos del mundo. De buena gana se habría ido a estudiar el italiano o, mejor dicho, a los italianos, con su pelo ensortijado y sus grandes bocas de labios carnosos. Pero dudaba que sus notas del segundo trimestre fueran a merecer aquel premio. Tendría que conformarse con las acostumbradas vacaciones en el pueblo de sus abuelos, un lugar apartado de la sierra habitado

por ancianos melancólicos y chuchos de mirada triste. Aunque, pensándolo bien, tampoco es que le importara mucho. En vacaciones siempre se descolgaban por allí unos cuantos oriundos del pueblo que vivían en Madrid o Valencia, la mayoría con hijos de su edad, y hasta algunos de los que habían emigrado al extranjero. El verano anterior, sin ir más lejos, Esther había mantenido un breve romance con un espigado mocetón de madre alemana. El muchacho, al que su padre llamaba Nico y su madre Klaus, apenas hablaba español, pero para las cosas que hicieron juntos no era imprescindible un gran dominio del idioma. En sus propias palabras, Esther todavía «se ponía a cien» al recordar a su vikingo.

La muchacha había estado intentando persuadir a Lola de que se fuera a pasar las vacaciones con ella. Seguro que le sentaría bien (estaba tan rara la pobre desde lo de David y la enfermedad). Y eso que no se había enterado de los rumores que corrían por el instituto. Más de una vez había estado tentada de ponerla al corriente y dejar que ella misma se encargara de desmentirlo todo. Pero ¿para qué? Cuando la gente saca la lengua de paseo, da igual lo que se haga o lo que se diga. Los chismes tienen vida propia: se alimentan de la mala uva de la peña, crecen como la mala hierba y solo la palman de muerte natural. Esther lo sabía muy bien, puesto que ella misma era una gran experta en chismes. Y encima Lola era capaz de acusarla de haber ido contando cosas por ahí, para una vez que era inocente.

Aunque conocía la respuesta de antemano, Esther había llamado a Lola después de comer para animarla a ir con ellas a la fiesta. La pobre no había salido de marcha desde el día de su cumpleaños, y de eso ya hacía casi un mes. Se había puesto su madre, y le temblaba la voz, como si estuviera a punto de llorar: «Lo siento, Esther, no puede ponerse. La pobre no se encuentra bien. Tiene que quedarse en casa y tomarse un descanso». Qué raro. Esa misma mañana, en clase de Educación Física, no la había notado más rara de lo que era habitual de un tiempo a esta parte. Allí se estaba cociendo algo. A la mañana siguiente iría a verla a su casa. «Pero hoy no puedo», pensó Esther dándose un último retoque con carmín. «No hay que hacer esperar a los tíos de COU».

Esther hizo honor a su fama de impuntual llegando la última. Sus amigas la aguardaban con cara de fastidio en una hamburguesería contigua a la discoteca. Nadie habría reconocido en ellas a las sencillas adolescentes de esa misma mañana. Parecían haber envejecido diez años por arte de magia. Todas llevaban más pintura encima que un sioux en pie de guerra y, por supuesto, los vaqueros, zapatillas deportivas y suéteres de todos los días habían ido a parar a las profundidades de sus armarios. El tiempo era todavía frío en aquella época del año, pero ello no las había disuadido de enfundarse en minifaldas que dejaban expuesto palmo y medio de muslo y *tops* que hacían lo propio con la cintura. Las medias negras de red y los zapatos de tacón alto completaban la ilusión. Incluso Esther, a quien, como persona equilibrada que era, su ligero sobrepeso le importaba un comino, había optado por una indumentaria similar.

—¡Tía! ¡Cómo te clavás! —protestó una de sus amigas cuando la vio llegar—. Llevamos media hora esperándote.

—Mi padre —se excusó Esther con un suspiro—. No quería dejar me salir vestida así. «Una hija mía no va a ningún sitio con pinta de putón verbenero» —añadió imitando el tono nasal de su progenitor—. Ya sabéis, cuando a una le toca ser la nena de la casa...

—¿Y Lola? —la interrumpió otra de las chicas—. ¿No viene?

Esther se encogió de hombros.

—Parece que está mala otra vez.

—Ya, ya. Yo sé qué enfermedad tiene esa. Creo que te la contagian los profesores de Filosofía cuando te meten mano.

Esther le dedicó una de sus miradas más terribles antes de darle la réplica.

—Tú eres una tonta del culo, ¿vale? Y además lo que tienes es envidia.

—¡Hay a paz, por favor! —dijo una tercera poniéndose en pie y agitando las manos—. Y vámonos a la fiesta de una vez, que hay un tío de COU B al que le tengo echado el ojo. Como

me lo hayan quitado y a me corto las venas. O sea, que vosotras veréis.

* * *

La Universidad era el sitio de moda y, sin lugar a dudas, uno de los establecimientos más prósperos de la ciudad, aunque también el que registraba un porcentaje mayor de casos de depresión entre su plantilla. Aquella discoteca, autentico ejemplo de armonía intergeneracional, funcionaba en tres turnos: el de los «meones», el de los «bakaladeros» y el de los «abuelos». De seis a nueve era *disco light*, frecuentada por criaturas de entre diez y catorce años (los «meones») que bebían cantidades asombrosas de *cocacola* y bailaban hasta la extenuación al ritmo de las Spice Girls. Cuando los niños se marchaban a casa, o bien eran recogidos por sus padres, solía haber una pausa que los empleados aprovechaban para tomar un bocado y mentalizarse para la vorágine de la noche. A eso de las once comenzaba el pandemónium bakaladero, protagonizado por adolescentes de enseñanza secundaria y algún universitario que otro. Con suerte, el último de ellos abandonaba el recinto a eso de las cuatro de la mañana, pero tan solo para ser relevados por adultos totalmente curdas que acababan de ser expulsados del último *pub* abierto (los «abuelos»). A esas horas, la salsa y el merengue hacían furor; resultaba todo un espectáculo ver tanta barriga y tanto michelín tremolando al son de los aires caribeños. A las seis, el DJ, al borde y a del suicidio, tomaba venganza de los cuarentones a base de un despiadado bombardeo de sevillanas, aunque solo para verlos resucitar con furor racial. Las ocho de la mañana era la hora habitual para hacer la ronda por rincones oscuros y servicios, donde siempre había que retirar más de un cuerpo colapsado. A las nueve llegaban las señoras de la limpieza para eliminar los restos de la catástrofe, y los empleados podían por fin marcharse a casa, a soñar con el día en que la fortuna les deparara un empleo más descansado.

El Heav y Pedro cruzaron el umbral de *La Universidad* pisándoles los talones a Esther y las otras chicas. No es que hubieran solucionado sus diferencias. De hecho, tras la escena

con Lola por la mañana, al Heavy le parecía aún más repugnante lo que su amigo había hecho. Pero pensaba que había llegado el momento de enterrar el hacha de guerra. Tres semanas de rencor y desencuentros era lo máximo que podía aguantar sin que su coraza de indiferencia se resquebrajara. Y, además, estaba seriamente preocupado por Pedro, a quien llevaba días viendo arrastrarse por el instituto como un alma en pena. «El pobre es un gilipollas», pensaba. «Pero es mi gilipollas. Y como no le eche una mano se va a agilipollar todavía más». Esta reflexión lo había animado a comprar dos entradas para la fiesta y presentarse en casa de Pedro con ellas en el bolsillo. Y así, sin dejarse desanimar por la mala cara y el laconismo con que fue recibido, había obrado el milagro de ponerlo en la calle y arrastrarlo hasta la puerta de la discoteca.

—¿Has visto a las tías? —le iba diciendo muy animado—. No parecen las de todos los días, ¿eh? Mira la Gorda ahí delante. ¡Menudo culo! ¿A que se le van a uno las manos?

Pero Pedro, sumido en la apatía, se limitó a asentir sin levantar la vista del suelo.

En el interior de la discoteca, la fiesta estaba ya tomando forma y consistencia. Una nube de jóvenes se contorsionaban con frenesí en ambas pistas de baile, mientras los altavoces vomitaban ritmos tribales sin el menor miramiento por aquellos tímpanos juveniles. Los que no bailaban se amontonaban ante la barra reclamando a gritos la atención de los ceñudos camareros. Se servía alcohol de garrafa en vasos de plástico; a pesar de ello, la caja registradora no conocía tregua.

Los alumnos de COU, auténticos protagonistas de la fiesta, miraban a sus compañeros más jóvenes con la arrogancia de quien se sabe miembro de una casta superior. Eran los últimos de su especie, los que nunca estarían marcados por el estigma de las nuevas reformas educativas. Eran la élite y no se molestaban en ocultarlo.

Mientras Pedro se obstinaba en mostrarle al mundo una cara que habría quedado muy propia en cualquier velatorio, el Heavy charlaba, gesticulaba y reía sin parar, intentando transmitirle a su amigo un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir.

—Pero, ¿qué coño te pasa? ¿Es que no te ha dicho nadie

que el tiempo cura todas las heridas?

La boca de Pedro se curvó en un amago de puchero.

—Me voy —dijo al fin—. Yo aquí no pinto nada.

—¡Y una mierda te vas! Ven conmigo, que vas a conocer «la medicina del hombre blanco».

Y lo empujó hasta la barra, donde logró que un camarero les sirviera dos bourbon.

—Yo no quiero —protestó Pedro—. Sabes que no bebo.

—¡Vengaaaaa!

—¡Que no!

—Pues tú verás, chaval. O te lo bebes o te tragas el vaso de un guantazo.

Pedro contempló a su amigo dubitativamente, y tal vez lo creyó capaz de cumplir su amenaza, puesto que instantes después tomaba el vaso y le daba un sorbito. Su mueca fue tremendamente expresiva.

—¡Puag! Esto sabe a meados de gato.

—Pero solo al principio —dijo el Heavy muy satisfecho—. Además, lo importante no es el sabor, sino los efectos. ¿A que estás y a más animado?

—Pues no. Si acaso más asqueado.

—Tranqui. Estamos solo al principio del tratamiento.

¡Venga, dale caña!

Y tan persuasivo fue que se las arregló para que su amigo se bebiera dos bourbon y aún pidiera un tercero.

Gradualmente, Pedro empezó a notar una euforia que no había conocido durante mucho tiempo, mejor dicho, en toda su vida. Su espalda se enderezó, sus hombros se irguieron y hasta empezó a encontrar gracioso al Heavy.

—¡Tío! ¡No está tan mal esta mierda! —dijo con amplia sonrisa y ojos chispeantes tras consumir su tercer bourbon de dos tragos—. Voy a pedirme otro. ¿Tú quieres?

Al Heavy se le encendió una luz roja en la cabeza.

—Tranquilo, hombre. Si hay tiempo de sobra. Vente, vamos a bailar con las tías.

Pedro asintió con sospechoso entusiasmo. «¡Ay, la leche!», pensó el Heavy. «Como siga soplando, la vamos a joder». Y mientras así cavilaba, intentó llevarse a su amigo, que se había atrincherado en la barra como si fuera un cliente

habitual del establecimiento. Pese a todos sus esfuerzos, fue incapaz de impedir que Pedro se hiciera con su cuarta dosis de alcohol. Entonces cambiaron la música y el local fue sacudido por un furioso redoble de batería.

—¡Tío! ¡Los Enemigos! —exclamó el Heavy a grito pelado—. ¡Al ataque!

Pedro lo secundó con un aullido de júbilo, y ambos se abrieron paso a través de la pista de baile hasta el lugar donde estaban sus compañeras de clase.

Esther encontró normal el comportamiento del Heavy, que agitaba su melena con frenéticos vaivenes mientras daba brincos y simulaba interpretar un solo de guitarra. Lo que no le pareció tan normal fue que Pedro, siempre tan circunspecto, remedara cada gesto y movimiento de su amigo con notable exactitud. Y además con un vaso de whisky en la mano, con el que, por cierto, estaba salpicando a todo el mundo.

—*Dónde un muchachote con una buena novia...* — berreaba Pedro coreando la letra de la canción en pleno paroxismo etílico.

Esther no pudo resistir más la curiosidad.

—Oye, ¿qué le pasa a este? —le preguntó al Heavy—. ¿Está colgado o qué?

—Colgado no, tía —respondió el muchacho sin dejar de dar saltos—. ¡Curado! Está curado.

En ese instante se extendió una conmoción por toda la pista: «¡Los profesores! ¡Están aquí los profesores!» Y, efectivamente, algunos de los profesores, que esa noche celebraban su cena de fin de trimestre, habían cometido la temeridad de dar la cara por la discoteca. El Heavy se barruntó peligro cuando vio a David separarse de sus compañeros y aproximarse a ellos.

—¿Qué pasa? —dijo el profesor uniéndose al grupo y dando unos tímidos pasos de baile—. ¿Cómo lo lleváis?

Todas a una, las muchachas gritaron «¡bien!» con entusiasmo y se congregaron en torno a él. El Heavy, por su parte, se volvió hacia Pedro, rogando para que sus temores fueran infundados. Pero —ay— no lo eran.

El muchacho aferraba su vaso con tal fuerza que el plástico comenzaba a despachurrarse bajo sus dedos. Tenía el

ceño fruncido y los dientes apretados. Y una mirada de depredador en sus ojos. Mientras el Heavy cavilaba cómo llevarse a su amigo de allí, Pedro se tambaleó hasta las inmediaciones del profesor y le dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Qué hay, Pedro? —lo saludó David muy sonriente—. ¡Menudo marchón!

Pedro se le quedó mirando fijamente, incapaz de fundir la imagen del profesor en sus retinas. Osciló un poco, aunque sin llegar a perder la verticalidad, y, por fin, le espetó con voz pastosa:

—Eresujopuda.

—¿Eh?

—¡Que eres un hijo de puta!

Todos se quedaron congelados de repente, sin poder creer lo que acababan de oír. Tampoco David parecía acabar de creerlo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó adoptando un gesto serio.

—Lo que has oído —repuso Pedro arrastrando las sílabas—. ¡Y un pedazo de cabrón!

David suspiró y trató de armarse de paciencia.

—Mira, chaval —le dijo con los puños apretados—. Sal pitando de aquí y vete a tu casa a dormir la mona.

Pedro entornó los ojos.

—¿Te gustó la nota que te dejé en el coche?

«Ahora o nunca», pensó el Heavy mientras agarraba el brazo de su amigo y comenzaba a tirar de él. Pero aquel gesto demostró ser un error, puesto que solo sirvió para enardecer a Pedro. Ocurrió en el lapso de un parpadeo, aunque al Heavy se le antojó un siglo, como si lo estuviera viendo a cámara lenta. Hasta tuvo tiempo para una reflexión erudita. Le vino a la memoria cierta tragedia griega en la que los dioses castigan a un desdichado mortal con la locura. Cuando logró por fin reaccionar e inmovilizar a Pedro por la espalda, David estaba ya en el suelo, cubriéndose con la mano un ojo que comenzaba a inflamarse.

Capítulo 4

FINAL DE TRIMESTRE

El director del instituto aborrecía los lunes, como todo el mundo. Pero aquel último lunes de marzo había amanecido cubierto por nubarrones especialmente negros. Se había topado con el primer problema bien temprano, cuando la mala uva del exfumador en abstinencia aún hacía estragos en su estado de ánimo. Eran las nueve en punto de la mañana cuando el jefe de estudios, su mano derecha, había llamado a la puerta de su despacho para comunicarle la noticia más atroz que recordaba en toda su carrera docente: ¡Un alumno le había atizado un puñetazo a un profesor, en un sitio público y a la vista de medio instituto! El director sintió que un sudor frío le cubría la frente y que su mala uva se transformaba en verdadero terror. De repente imaginó que hordas de alumnos sedientos de venganza asolaban aquella venerable casa, aquel templo de la cultura y la civilización. Vio cristales hechos añicos, pizarras arrojadas por el hueco de la escalera y piras llameantes de sillas y pupitres. Y también vio las cabezas de todos los profesores clavadas en picas, y la suya en la más alta de todas. Al director del instituto le temblaban las manos cuando descolgó el teléfono y convocó a David Rubio a su presencia.

Y aquel fulano, aquel hippie melenudo y desarrapado, aquel veinteañero que en absoluto merecía contarse entre los miembros de su ilustre gremio, se había atrevido a decirle que no quería saber nada del asunto, que estaba ya olvidado. ¡Y una mierda olvidado! El director lo despidió con cajas destempladas y echó mano del reglamento disciplinario, que hojeó furiosamente hasta dar con el siguiente artículo: «*Se considerará falta muy grave la agresión física contra los demás miembros de la comunidad escolar, ocurra esta dentro o fuera del centro*». ¡Ajá! Ahora tenía en sus manos a aquel gusano de alumno que se había atrevido a subvertir el orden natural de las cosas. ¡Y por Dios que no se le iba a escapar!

El gusano en cuestión, un mocoso de primero de bachillerato con pinta de mosquita muerta, se limitó a reconocer

los hechos con una insolencia que avivó todavía más las iras del director. Ni se inmutó, el muy canalla, cuando este comenzó a dar alaridos y a descargar puñetazos sobre su escritorio. «¡Fuera de mi vista!», le ordenó por último, a la vez que el jefe de estudios se asomaba al despacho por si había que retirar algún cadáver. Al director le estallaban las sienes cuando vio al alumno salir tan campante. «A este me lo voy a cepillar», pensó, y acto seguido puso en funcionamiento la implacable maquinaria administrativa con la que pensaba aplastar a aquel insecto.

Pero los problemas no habían acabado ahí. Apenas un cuarto de hora más tarde, mientras sus subordinados lo felicitaban por su inquebrantable rigor y él hinchaba el pecho en pose heroica, su teléfono había empezado a sonar, y el timbre le había parecido tan ominoso como el tañido de una campana en la mañana de un entierro. ¡Era Antonio Muñoz, el exconcejal, jurando en arameo y amenazando con toda suerte de acciones legales! Muñoz no estaba ya en el Ayuntamiento, pero su voz seguía teniendo peso en los círculos más influyentes de la ciudad. Incluso tenía su propia columna en la prensa local. Aunque el director del instituto ignoraba el motivo de tanto enojo, se arrugó como una pasa al pensar que su reputación podría acabar arrastrada en el fango. «Claro, claro. Pásate por aquí cuando quieras... Sí, ahora mismo si te viene bien», le había dicho con voz temblorosa al furibundo exconcejal. O resolvía con rapidez y eficacia aquel asunto, fuera lo que fuera, o sus sueños de convertirse en autoridad local se podían ir al garete.

El director del instituto abrió uno de sus cajones y sacó una cajetilla de tabaco que había reservado por si se presentaba una crisis grave, y por Dios que aquella tenía toda la pinta de serlo.

* * *

Muñoz, es decir, el padre de Lola, irrumpió en el despacho del director a eso de las doce y media. Echó un vistazo a su alrededor sin mostrarse en absoluto impresionado por los cortinajes de terciopelo y el mobiliario antiguo, y después

encendió un cigarrillo. El director había preparado cuidadosamente la entrevista. Estaría amable, aunque sin ceder un palmo de terreno, dialogante, pero siempre en su sitio y, sobre todo, no perdería los estribos. Le daría a aquel sujeto una lección de profesionalidad. Vaya que sí.

—Me alegro de verte, Muñoz. Siéntate, por favor.

Pero el padre de Lola declinó la invitación y comenzó a dar nerviosos paseos por el despacho. Parecía una fiera ansiosa por hincar los colmillos. Mal síntoma.

—Bueno, ¿qué te trae...?

—Dime una cosa —lo interrumpió el padre de Lola echando humo por la nariz y lumbre por los ojos—. ¿Esto que diriges es un instituto o un manicomio?

El director se quedó con la boca abierta, sintiendo que se hundía en su cátedra de madera tallada, en todo idéntica a la de un obispo.

—¿Eh? —fue cuanto acertó a responder.

—A ver si me explicas esto —prosiguió el padre de Lola escupiendo las palabras—. El viernes a mediodía me llama al despacho un cretino que afirma ser el orientador del instituto, y me suelta que Lolita, mi hija, está suspendiendo todos los exámenes porque tiene anorexia, y que convendría que mi mujer y yo nos entrevistáramos con él lo antes posible. Llego a mi casa acojonado, y ¿qué me encuentro? Pues a mi hija abrazada a su madre, las dos hechas un mar de lágrimas. Y resulta que lo de la anorexia es un cuento chino. ¿Y a que no sabes lo que me dice a continuación?

—¿Quién? —preguntó el director, mientras notaba que el sudor hacía que las gafas le resbalaran por la nariz.

—¡Mi hija, coño! Pues me dice que ha tenido un lío con su profesor de Filosofía. Y que el muy cabrito, después de haberse aprovechado de ella, la ha dejado tirada. Ahora, contéstame. ¿Esto es un instituto o un manicomio?

En esos momentos el director no estaba muy seguro de cuál era la respuesta correcta, en vista de lo cual decidió soslayar la cuestión.

—¿Y te lo contó así, con esas palabras?

—Más o menos. Bueno, no. Pero no hay que ser muy espabilado para olerse pastel.

El director decidió aprovechar aquel pequeño renuncio para hacerse con el control de la situación.

—Bueno. Seguro que ha habido un malentendido.

—¡Y una mierda un malentendido! Mira, te voy a decir una cosa. Yo no mando a mi hija aquí para que cualquier desaprensivo abuse de ella. ¿Está claro? O tomas inmediatamente cartas en el asunto o te armo un pollo que te vas a cagar. Y te advierto que voy a llegar al ministerio si hace falta. O a los tribunales. Tú verás lo que haces.

—Yo... yo... yo...

En ese momento, el director se dio cuenta de que estaba solo. Se quedó inmóvil durante unos minutos, calculando las funestas consecuencias que podía acarrearle un escándalo como aquel. ¿Quién daba Filosofía en el curso de la hija de Muñoz? ¿No era Tolomeo Landete? La idea de que don Tolomeo se dedicara ahora abusar de sus alumnas le pareció tan delirante como aterradora. Pero no. Ahora se acordaba de que «el Tolomeo» llevaba por lo menos dos meses de baja. ¿Quién era entonces el muy cerdo? Cuando lo recordó por fin, estuvo a punto de sufrir una apoplejía.

—¡Que baje Rubio otra vez! —ladraba por teléfono al cabo de unos instantes.

«A este fijo que me lo cepillo», murmuró. Y procedió a encender su segundo cigarrillo de la mañana.

* * *

A las dos y media Lola regresaba a su casa. Caminaba deprimida, con la cabeza levantada, disfrutando en pleno rostro de aquel tímido sol casi primaveral. Es curioso, se sentía bien, hasta algo optimista. El hecho de haber contado todo su calvario en casa parecía haber obrado el milagro de aligerar su corazón. Pero —¡Dios mío!— cómo se había puesto su padre. «Es asunto mío, papá. Yo lo arreglaré», se había cansado de repetirle. Como si nada. Tras soltar algunos tacos más, el hombre había cogido su gabardina y se había largado dando un tremendo portazo.

Esther había aparecido el sábado por la mañana, bien temprano. Al principio Lola había estado tentada de echarla a la

calle. Seguro que había sido ella, la muy chismosa, quien había hecho correr por el instituto el cotilleo de su asunto con David. Pero todas aquellas mentiras... No, no la creía capaz. Decidió darle una oportunidad.

—¿Has sido tú? —le soltó cuando se quedaron a solas. Esther supo inmediatamente a qué se refería.

—No, Lola —respondió con una sinceridad que disipó cualquier duda—. He oído lo que la gente cuenta de ti. Pero no me he creído ni una palabra. ¿Cómo te has enterado?

Lola se encogió de hombros.

—Y qué más da. La verdad es que me trae sin cuidado lo que digan.

Y no mentía. El golpe había sido tremendo. Aun así, en lugar de hundirla del todo, la había espoleado para levantarse. Se sentía herida, llena de magulladuras de la cabeza a los pies, pero más viva que nunca, como si durante muchos días hubiera habitado una pesadilla de la que acabara de despertar.

—Me imagino que ahora le dirás a todo el mundo que lo que se cuenta es una sarta de mentiras. ¿No?

—No —respondió Lola con serenidad—. Yo sé quién soy. Y mis amigos también lo saben. ¿Qué me importan los demás?

Esther la abrazó y ambas lloraron juntas durante un buen rato. Después le contó con todo lujo de detalles la escena entre Pedro y David de la noche anterior. Lola no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Y dices que le pegó un puñetazo?

—Un hostión en el ojo con todas sus fuerzas. Y creo que aún se quedó con ganas de sacudirle más. Menos mal que el Heavy lo sujetó y lo sacó a la fuerza de allí. ¡Menuda movida!

—¿Y David? ¿Cómo reaccionó?

—Pues... de ninguna manera. Se levantó con su ojo hinchado y se largó. Si te digo la verdad, ni siquiera parecía enfadado.

Lola reflexionó durante unos instantes. David... Pedro... Seguro que ella había andado de por medio. ¿Quizás debía sentirse culpable?

—¿Por qué crees tú que lo hizo? —preguntó Lola.

—El alcohol, seguro. Llevaba un pedo como un piano.

—¿Pedro? ¿Borracho?

—Como una piojo. Tenías que haber visto los brincos que daba.

—Pero algún motivo tendría.

—No, que yo sepa. —Esther entornó entonces los ojos—. ¡Huy, huy, huy! Pedro está colado por ti, ¿verdad? ¿Seguro que no se te ha olvidado contarme algo?

—¿A mí? ¡Qué va!

* * *

Todo el mundo había mirado con cara rara a Pedro durante la mañana del lunes. De hecho, nadie salvo el Heav y se había acercado a él, como si temieran contagiarse. A segunda hora «Mortadelo» se había presentado a buscarlo. Pedro abandonó la clase con la cara del reo que se dirige hacia el patíbulo y volvió unos veinte minutos después, aunque solo para recoger sus cosas y marcharse definitivamente.

Y aún había ocurrido otra cosa extraña. Fue durante la clase de Filosofía. Estaban en pleno debate acerca de la moral pública y la moral privada, un asunto sobre el que Lola, por cierto, tenía muchas cosas que decir. Y les estaba dando un buen repaso a sus compañeros cuando un ja delante «Mortadelo» había vuelto a personarse en el aula de 1º A. Y esta vez sin molestarse siquiera en llamar a la puerta. Seguro que aquel conserje, cuya principal virtud no era precisamente su amor al trabajo, no había tenido que subir las escaleras tantas veces seguidas en toda su vida.

—Rubio —dijo interrumpiendo la clase de muy mal talante—, dice el señor director que bajes a su despacho.

David se le quedó mirando fijamente antes de contestar.

—Pues vaya y dígale al director que bajaré cuando acabe la clase.

A «Mortadelo» le sorprendió aquella inesperada muestra de rebeldía.

—Dice que es importante —insistió—. Que bajes ahora mismo.

David respiró hondo.

—¿Es que no me ha oído? Dígale que iré cuando pueda. Pero ahora mismo no.

«Mortadelo» se había marchado con muchos humos y la clase pudo continuar. David parecía muy tranquilo, como si no supieran todos que no se había puesto el ojo así al tropezar con una puerta.

Mientras abría la puerta de su casa, Lola volvió a preguntarse si no habría sido ella la culpable de todo aquello. Y una vez más se sintió prisionera dentro de una endiablada telaraña tejida por ella misma. La diferencia era que ahora se moría por escapar.

* * *

Aquel día la comida en casa de Lola se celebró en medio de un silencio glacial, como todas desde que la muchacha había destapado la caja de los truenos de su relación con David. En lugar de la animada charla de antes, los únicos sonidos eran el ruido de la masticación y el tintineo de los cubiertos contra los platos. Ni siquiera el runrún de la caja tonta rompía el silencio, porque en aquella casa estaba prohibido encenderla hasta después de la cena. Manías de sus padres.

Pero algo había cambiado. El padre de Lola había pasado todo el fin de semana con el ceño fruncido. Ahora, en cambio, no dejaba de sonreír de forma enigmática, como el gato que acaba de comerse un ratón. Lola lo miraba de soslayo, preguntándose cuánto tiempo tardaría en sacarse el as de la manga.

Y no tardó ni siquiera el tiempo que tardaron en acabar la sopa.

—Lolita, hija, he estado en tu instituto esta mañana.

—¿Ah sí? Pues no te he visto. ¿Para qué?

—Para hablar con el director.

La cuchara de Lola se quedó congelada a medio camino entre el plato y la boca.

—¿Te ha llamado él?

—¡Qué va! Ese capullo no se entera ni de lo que se cuece bajo su propio tejado. Y eso que quiere hacer carrera en política. Figúrate, si no es más que un trepa y un lameculos.

—¡Antonio! —protestó la madre de Lola interrumpiendo la diatriba de su marido—. Haz el favor de no hablar así delante de

la niña.

Pero lo que menos inquietaba a la «niña» en esos momentos era el lenguaje de su padre.

—¿Y qué le has dicho?

Las cejas del padre de Lola se unieron en un gesto de enojo.

—Pues lo que tenía que decirle. Que como siga consintiendo que los profesores se aprovechen de las alumnas, le voy a buscar la ruina donde haga falta. Teníais que haber visto la cara que puso. Un poco más y se caga de miedo.

—¿Va a pasarle algo a David? —preguntó Lola con la voz temblorosa.

—Eso espero, que lo empapelen a base de bien. Por lo menos que no vuelvan a dejarle entrar a una clase durante el resto de su vida. ¡Vaya un malnacido! Hacerle eso a mi hija.

La voz de Lola restalló con una determinación que dejó a sus padres helados.

—¡No voy a consentirlo!

—¿Cómo has dicho?

—Que no pienso consentir que David tenga problemas por mi culpa.

—Mira, Lolita —dijo su padre tratando de sonar conciliador—. Tú estás muy afectada por todo este asunto. No te preocupes. Yo sé lo que hay que hacer. Déjalo en mis manos.

Lola reflexionó durante unos instantes antes de replicar.

—¿Sabes una cosa, papá? Dentro de menos de un año cumpliré los dieciocho. —En ese punto su voz se endureció—. Y te juro que, como no pares esto, ese mismo día salgo por la puerta y no me volvéis a ver en toda vuestra vida.

Lola se levantó y salió de la cocina, sin apresurarse, sin lágrimas, con la dignidad de un juez que acabara de dictar sentencia. Su padre estaba tan atónito que ni siquiera supo cómo reaccionar. Y justo cuando comenzaba a reclamar la presencia de su hija a gritos, la puerta de la habitación de Lola se cerró con un golpe que resonó por toda la casa.

—Yo no entiendo nada —dijo tras murmurar un taco y tomar asiento.

—Pues claro que no entiendes nada —apostilló su mujer, que había asistido a toda la escena en silencio—. Como que

eres tonto perdido.

—¿Qué?

—He dicho que eres tonto perdido. Si fueras un poco espabilado, comprenderías que tu hija y a no tiene ocho años.

—Yo solo quiero lo mejor para ella —se defendió el hombre—. Lolita es todavía una cría. No sabe cuidar de sí misma. ¡Mira cómo se ha aprovechado de ella el degenerado ese!

La madre de Lola sacudió la cabeza con impaciencia.

—¿Eras tú un crío a los diecisiete?

—¿Yo? Para nada. Yo a los diecisiete era un hombre. A esa edad la «Social» y a me había sacudido el polvo un par de veces. Pero no me compares.

—¿Por qué no?

—Porque eran otros tiempos, joder. Ahora los chavales no tienen la menor experiencia de la vida. No tienen responsabilidad. Ni ideales. Si no fuera por sus padres, la mitad de ellos acabarían putas, delincuentes o drogatas.

—¿Pero tú te estás oyendo? ¿En eso ha quedado tu famoso talante progresista?

El padre de Lola se dio cuenta de que acababa de meter la pata delante de su esposa y compañera de partido.

—Vale —dijo rehuendo su mirada—. Puede que me haya pasado un poco. Pero eso no quita para que lo que diga no sea verdad. Los muchachos ahora son unos pardillos. Si uno no les sacara las castañas del fuego...

—Dime una cosa. ¿Por qué no me consultaste antes de ir hablar con el director del instituto? Yo creo que habría sido mejor dejar que Lola resolviera sus propios problemas, como ella quería.

—¿Qué dices? He hecho lo que tenía que hacer. Y para saber lo que tenía que hacer no me hacía falta hablar contigo.

La madre de Lola estaba empezando a enfadarse de verdad.

—¿Y no pensaste que por lo menos me habría gustado acompañarte?

—¿Para qué? Tú allí no pintabas nada. Era un asunto de hombres. Tendrías que haber visto cómo le he bajado los humos al chulito ese de mierda.

—Lo que nos devuelve al principio de la conversación: eres tonto perdido. —La madre de Lola se puso de pie y caminó hacia la puerta, aunque antes de salir se giró para decirle a su marido—: ¡Ah! Y una cosa. Hasta que no vuelvas allí y le digas a ese hombre que se olvide de lo de empapelar al profesor, no te molestes en dirigirme la palabra.

Poco después, volvió a oírse el golpe de una puerta en el piso de arriba. Y el padre de Lola se quedó solo en la cocina, mirando cómo el segundo plato se enfriaba dentro de la olla exprés. Sin lugar a dudas, tendría que volver a hacerse un hueco en la agenda para la mañana siguiente.

* * *

Pedro y el Heavy disfrutaban del sol sentados en un banco del parque. Ninguno de los dos había asistido a clase esa mañana; Pedro, a la fuerza y el Heavy en solidaridad con su infortunado amigo. Su conversación era relajada, plácida, muy lejos de las tensiones de las semanas anteriores. Ambos contemplaban la solemne fachada del instituto, al otro lado de la avenida: los grandes ventanales rematados por arcos, las pilastras, la monumental verja de hierro de la puerta principal. A veces el instituto se les figuraba un abuelo algo achacoso y cascarrabias, pero al que uno no podía evitar querer muchísimo.

—¿No vas a echarlo de menos? —preguntó el Heavy.

—Pues claro. ¿Tú no lo harías?

—Creo que no... ¡Qué va! ¡Seguro que no! ¿Cómo iba yo a echar de menos el mausoleo ese? Cualquiera día se nos derrumba encima. Y además está lleno de fachas, pijos y meapilas.

—¿Y por qué viniste aquí entonces? La gente del colegio se fue casi toda al «Tres». Y te recuerdo que hay otros siete institutos en esta ciudad.

—¡Joder! ¿Por qué va a ser? Pues porque tú te empeñaste en venirte aquí. No iba a dejarte solo, para que hicieras alguna chorrada. —Una sombra cruzó el rostro del Heavy—. Claro que de poco te ha servido mi ayuda.

Pedro se encogió de hombros.

—No te sientas culpable. Yo me metí solo en todo esto,

y yo soy el que tengo que apechugar con las consecuencias.

—Con lo serio y lo buen chico que has sido siempre.

¡Vaya tela! Para una vez que te emborrachas, vas y la cagas a base de bien.

—No, eso solo fue el último capítulo. Ya estaba cagándola desde hace tiempo. Tú mismo me lo dijiste.

El Heav y asintió.

—Lo que no entiendo es por qué te vas. Ni siquiera te han expulsado. Lo único es que no te dejan matricularte aquí el curso que viene. ¿Por qué no te cambias al «Siete», que mola mucho más que este y total está ahí al lado, a cinco minutos? Hasta nos podríamos ver todos los días al salir de clase.

—Tiene gracia la cosa, ¿verdad? —dijo Pedro pasando por alto la pregunta de su amigo—. Le atizas a un profesor y aún tienen contemplaciones contigo. Con razón dice mi padre que este país da asco.

—De eso nada. Yo creo que eres un ejemplo para todos nosotros. Más de un profesor se merece el mismo tratamiento. El problema es que se te fue la pinza y le metiste la hostia al que no debías. Pero ¿quieres contestarme a lo que te he preguntado? ¿Por qué tienes que largarte a Madrid a medio curso, y encima a un colegio de curas?

—Por mi padre. Dice que no quiere verme aparecer por casa hasta que no me convierta otra vez en persona. «Los curas de atarán corto». Se pasa el día repitiendo lo mismo. Y para mí que acierta. ¡Fíjate que su hermano es el director del colegio!

—¿Vas a estar interno?

—No, hombre, tranquilo. Viviré en casa de mi abuela. La pobre mujer no se entera de nada. Seguro que me lo paso mil veces mejor que aquí.

—No, si aún voy a acabar teniéndote envidia. Si no fuera por los curas...

—¡Bah! ¿Qué más da? De todas formas yo quería estudiar la carrera en Madrid. Así ya me voy aclimatando.

—Pero mira que irte antes de las vacaciones.

—Pues por eso, para aclimatarme. Además...

—¿Qué?

—Pues mi padre otra vez. Dice que eres una mala

influencia, y que cuanto antes te pierda de vista, mejor.

A pesar de lo duro que aparentaba ser, el Heavy no pudo evitar sentirse dolido.

—¡Joder con tu padre! ¡Qué mala leche tiene! ¿Y tú que piensas?

—¿Qué voy a pensar, hombre? —dijo Pedro dándole a su amigo una palmada en la espalda—. Pues que tiene razón.

Ambos muchachos rieron de buena gana.

—¿Sabes? He ido a hablar con David —dijo Pedro.

—¿Y te ha recibido?

—Sí. Ha estado muy amable conmigo. Dice que él también hacía muchas chorradas a mi edad.

—No me extraña. Y tiene pinta de seguir haciéndolas.

¿Qué más pasó?

—Pues nada. Le pedí perdón y ya está. ¡Ah! Y me ofrecí a pagarle la pintura del coche. Me dijo que daba lo mismo, que tiene seguro a todo riesgo.

—¿Y el ojo? ¿También lo tiene asegurado a todo riesgo? Pedro sonrió con tristeza.

—Además le dije que había sido por celos. Por Lola.

—¿Y?

—Pues me aseguré que no tenía motivos para estar celoso.

—¡Vay a bola! ¿Te lo tragaste?

—Eso da lo mismo.

Ambos callaron durante un rato.

—¿Qué pasa? —dijo el Heavy y por fin rompiendo el silencio—. ¿Ya no te mola?

—¡Claro que sí! Pero un rollo es cosa de dos. ¿No?

—¡Tío! Te estás volviendo un pensador profundo. Si ya me caías bien antes, cuando eras un zoquete, imagínate ahora.

—Sí, ¿verdad? Me he hecho un hombre de la noche a la mañana. Qué lástima que haya tenido que pasar todo esto.

El Heavy miró a su amigo con simpatía.

—¿Cuándo te vas?

—El domingo, en el tren de las seis. Ya tengo el billete.

—Iré a la estación a despedirte.

—¡Faltaría más! Es que si no vas me presento en tu casa y te parto la cabeza. Ya sabes que me he convertido en

un tío peligroso. Bueno —dijo Pedro poniéndose de pie—, me tengo que ir.

—Te acompaño, no vaya a salir algún profesor y me vea aquí de cháchara con «el Azote del Claustro» en persona. Por cierto, una cosa antes de que se me olvide.

—Dime.

—La próxima vez que te dé por cascarle a un profesor, y yendo a un colegio de curas me parece que te va a ser difícil evitarlo, acuérdate de comprarte un pasamontañas.

* * *

Era miércoles, el último día de clase antes de las vacaciones de Semana Santa. El instituto estaba medio vacío. Tan solo los alumnos de primero de bachillerato y COU habían acudido, aunque la consigna era «cortar las clases» en el recreo. Los alumnos más jóvenes ni siquiera habían hecho acto de presencia, lo que se traducía en un silencio sepulcral en las aulas y pasillos del primer piso, donde casi todos ellos tenían su cubil. La mayoría de los profesores disfrutaban del ocio en la cafetería. Leían el periódico, tomaban café y charlaban acerca de los lances vividos en el recién acabado trimestre. En la clase de Lola, Esther, delegada en funciones tras la desaparición de Pedro, arengaba a las masas:

—¡A ver! Pasan ya diez minutos de la hora. Yo creo que David no va a venir ya. He bajado a jefatura de estudios a preguntar y no encuentro a nadie. Propongo que nos larguemos.

—Vamos a esperar un poco más —dijo tímidamente Lola, que no quería perder la oportunidad de decirle adiós a David.

Pero su intervención fue recibida con una salva de pitidos y abucheos. Entonces se abrió la puerta del aula, y el espanto más absoluto se pintó en aquellos treinta y cinco rostros cuando vieron que era «el Toloveo» quien trasponía el umbral.

—¡Sentaros y callaros! —bramó el profesor tras dedicarles una mirada que habría fascinado a cualquier oftalmólogo.

Su estrabismo parecía haberse acentuado hasta un extremo inverosímil. Ahora era capaz de otear las alturas con un ojo y de mirarse las puntas de los zapatos con el otro. Su

expresión transmitía una cólera apenas contenida. Por lo visto, el reencuentro con sus alumnos no lo colmaba de felicidad.

—Vamos a ver. —Don Tolomeo acomodó su enorme trasero en el sillón, que desbordaba por ambos lados, y ahogó un gemido, con lo que se quedó confirmada la hipótesis de un problema de hemorroides en el origen de sus arrebatos de ira—. ¿Por dónde vais del temario?

Un alumno de la primera fila, con la voz aflautada por el pánico, le informó de que David no había seguido escrupulosamente la programación, sino que había seleccionado algunos temas como objeto de debate en clase.

—¿Qué?! —El rostro del «Toloveo» se tornó grana al tiempo que las venas de su cuello se hinchaban—. ¿Conque habéis estado un mes de cháchara y cachondeo en lugar de dar clase? ¡No! Si ya me imaginaba yo que esto iba a pasar. ¡Me cago en...!

Durante al menos cinco minutos, los alumnos tuvieron que soportar una tormenta de improperios y maldiciones que hería los tímpanos como el golpeteo de un martillo neumático. Y en este caso lo de «tormenta» no es solamente una metáfora, pues los infelices de las primeras filas fueron además regados con el chaparrón de perdigones que brotaba de la boca de don Tolomeo con cada exabrupto. Justo cuando parecía que iba a reventar de pura rabia, el hombre se detuvo, dirigió a sus alumnos una mirada oblicua y respiró hondo. Nada había cambiado. Era el mismo energúmeno de siempre.

—Bien —dijo cuando su presión arterial pareció recuperar los valores normales—. Abrid el libro por la página setenta y uno, a ver si podemos ganar algo del tiempo que se ha perdido.

Nadie se movió, ni mucho menos se atrevió a confesar que no habían traído el libro, ya que David había preferido prescindir de él. Mientras se preparaban para el segundo arrebato de cólera de la mañana, que temían aún más virulento que el primero, Lola se preguntaba qué habría sido de su joven profesor, o incluso si volvería a verlo alguna vez.

* * *

Los pocos alumnos que habían asistido a clase esa

mañana se apresuraron a abandonar el instituto tan pronto como sonó el timbre del recreo. Mientras volaban escaleras abajo, las amigas de Lola hablaban de sus planes para la Semana Santa.

—Pues yo voy a salir en las procesiones —iba diciendo una de ellas—. Me ha convencido mi prima. Se liga muchísimo, ¿sabéis?

—Me lo creo —dijo Esther socarrona—. Eso de llevar túnica para disimular los michelines e ir con la cara tapada tiene cantidad de ventajas.

—¡Mira esta! —contraatacó la aludida—. ¡Quién fue a hablar de michelines!

Lola guardaba silencio. Ella no tenía planes para las vacaciones. Mejor dicho, su único plan consistía en enterrar la nariz en los libros y recuperar el tiempo que había perdido. No es que sus padres se hubieran tomado muy a mal los cinco suspensos de la segunda evaluación (solo había aprobado la Educación Física y, sorprendentemente, la Filosofía). Le habían dicho que no pasaba nada y que se tomara el tiempo que necesitara hasta centrarse de nuevo. Tampoco ella se sentía especialmente avergonzada por su fracaso académico. Pero necesitaba recuperar la confianza en sí misma, reencontrarse con su mundo de siempre. Y volver a los estudios seguramente la ayudaría.

Esther le había pedido otra vez que la acompañara a su pueblo a pasar las vacaciones. En parte, la idea le parecía tentadora: dos semanas lejos de todo, en un sitio donde nadie la conocía, donde tendría tiempo para pensar y recuperar el equilibrio perdido. Pero no. Con Esther a su lado todo el día, dudaba mucho que le quedara tiempo para pensar. «¿Y David?», volvió a preguntarse. «¿Qué habrá sido de él?» ¿Acaso su padre habría faltado a su palabra de hablar de nuevo con el director para detener la crucifixión del profesor de Filosofía?

Nada más trasponer la verja de hierro, Esther le propinó uno de sus característicos codazos en las costillas.

—¡Ay! —se quejó Lola—. ¿Qué pasa, tía?

—¡Mira, so tonta! —murmuró su amiga—. Tu príncipe azul, montado en su caballo rojo.

Era verdad. El Corsa de David estaba aparcado delante

de la puerta del instituto, en pleno paso de peatones. Su ocupante, que en esos momentos discutía acaloradamente con un municipal, no advirtió la presencia de Lola.

—¡David! —dijo la muchacha tras acercarse resueltamente al coche, sin oír siquiera las risitas tontas de sus compañeras.

—Hola Lola, te estaba esperando —dijo el profesor con una franca sonrisa—. Sí, sí, agente, y a me voy. Anda, sube. Te acerco a casa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la muchacha cuando el coche hubo arrancado—. Nos hemos quedado de piedra al ver al «Toloveo» aparecer esta mañana, justo el último día de clase. ¿Es que has tenido algún problema?

—No. ¡Qué va! Eso ha sido cosa de la delegación. Han obligado a don Tolomeo a incorporarse y así me rescinden el contrato y no tienen que pagarme las vacaciones. Y eso que el pobre hombre no se ha recuperado todavía. Lo de siempre.

—¡Uf! —exclamó Lola aliviada—. Pensaba que te habías metido en algún lío por mi culpa. Mi padre estuvo el lunes por la mañana en el instituto, ¿sabes? Habló con el director.

—Sí, y a lo sé. Yo también tuve que pasar por la penosa experiencia de hablar con él. ¿No oísteis los gritos desde el tercer piso?

—¿Te gritó? —dijo Lola preocupada—. No sabes lo que lo siento.

David se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Todos los bocazas son iguales. Cuando les pinchas un poco se desinflan. Además, y o tengo la conciencia tranquila, por lo menos en el aspecto profesional.

—¿Qué quieres decir?

David detuvo el coche en un semáforo y se volvió hacia Lola.

—Tú eres la que realmente me preocupa. Todo lo que ha pasado entre nosotros, todas esas malas notas... No podía desaparecer sin antes hablar contigo.

—¿Por eso me has aprobado, porque te remordía la conciencia?

—No. Te he aprobado porque me has demostrado en clase que sabes pensar. No te quedas en la superficie de las

cosas. Buscas las causas, analizas, reflexionas. Por eso te he aprobado.

—Pero si te dejé el examen en blanco. A la gente que ha suspendido le ha sentado muy mal.

—Pues lo siento por ellos. Pero la evaluación ya no es solamente una cuestión de exámenes. Ya no basta con empollarse las cosas de memoria.

La luz cambió a verde y David metió la primera velocidad. Lola miraba el perfil de su profesor con tristeza.

—Entonces, lo único que te preocupaba eran mis malas notas. Ya entiendo. Por cierto, ¿te acuerdas de dónde vivo?

David sonrió.

—¿Y cómo podría olvidarlo? —Durante unos instantes, el profesor pareció buscar las palabras adecuadas—. No, Lola, no era solo eso. Quería también pedirte perdón por todo el daño que te he hecho.

—Ha sido culpa mía —replicó Lola rápidamente—. Me he portado como una idiota.

—Pues ya somos dos los idiotas.

Ambos se echaron a reír. Cuando David detuvo el coche ante la casa de Lola, las risas aún continuaban.

—¿Están tus padres? —preguntó el profesor—. Me gustaría hablar con ellos.

—¿Pero qué dices? ¿No quieres conservar el ojo que aún te queda sano? Además, no vuelven hasta las dos y media, por lo menos.

—Ya —dijo David con una sonrisa preocupada—. Por lo que veo, no has sido la única que has sufrido por mi culpa.

—Son cosas que pasan.

Los dos se quedaron en silencio durante un largo rato. «¿Qué hago?», pensó Lola. «¿Digo “adiós y gracias” y me bajo del coche? ¿A qué estoy esperando?»

—Bueno, David, adiós y gracias.

Lola abrió la puerta del coche.

—¡No te vayas aún! —El profesor volvió a cerrar la puerta de Lola—. Quería decirte... ¿Sabes? Por más que lo pienso, sigo sin poder arrepentirme de lo que pasó aquella noche. No sé. Si hubieras tenido unos pocos años más. Tal vez...

En ese momento Lola no pudo resistirse más y, tras rodear con sus brazos el cuello de David, acercó sus labios a los del profesor. Al principio él se quedó inmóvil. Pero un instante más tarde sus manos se ceñían a la cintura de Lola y el beso de la muchacha era devuelto con entusiasmo.

—Confirmado —dijo Lola casi sin aliento al cabo de unos segundos—. Soy una idiota. Creo que todavía estoy coladita por ti.

—Yo también siento algo muy especial por ti, Lola — confesó el profesor cabizbajo—. Igual... dentro de unos años... tú y yo...

Lola estampó un sonoro beso en la mejilla de David.

—¡Tendrás que ponerte a la cola! —dijo sonriendo con picardía, gesto que sacó a la luz todos sus hoyuelos—. Que te vaya bien.

Seguida por la mirada de su exprofesor de Filosofía, Lola se precipitó fuera del coche y desapareció tras la puerta de su casa.

* * *

Domingo por la tarde.

Pedro y el Heavy se miraban en silencio. Una enorme locomotora diesel acababa de detenerse junto a ellos, anulando con el fragor de sus motores la posibilidad de cualquier conversación. Se dice que los amigos de verdad no precisan de palabras para sentirse cómodos juntos. Sin embargo, Pedro no parecía en absoluto cómodo. Tenía los ojos húmedos y su labio inferior temblaba visiblemente, como si estuviera a punto de echarse a llorar. «Tengo que decir algo», pensó el Heavy, «o este idiota es capaz de montar una escena».

—Falta diez minutos para que llegue el tren —gritó.

—¿Qué?

El suelo de cemento del andén vibraba con el estruendo de la locomotora. El Heavy optó por apoyar sus palabras con mímica.

—Digo que faltan diez minutos para que llegue el tren — repitió agitando ambas manos abiertas ante la cara de su amigo —. Vamos a tomar un café en el bar.

Pedro asintió y fue a decírselo a sus padres, que aguardaban junto al equipaje del muchacho. Su padre se mostró conforme, aunque no olvidó dedicarle al Heavy y una mirada furiosa.

En el bar la radio atronaba con la narración del partido del domingo. A ninguno de los dos muchachos le interesaba el fútbol, por lo que recogieron sus tazas de la barra y se retiraron a una mesa apartada.

—¿Me escribirás? —preguntó Pedro removiéndomecánicamente su café con la cucharilla.

—¡Y una mierda! ¿Es que te crees que soy tu novia? — Pero la broma del Heavy solo logró que su amigo pareciera más compungido todavía—. ¡Era coña, hombre! Descarao que te voy a escribir. Y hasta me pondré al teléfono si me llamas.

—Mi padre me ha dicho que no se me ocurra aparecer por aquí hasta el verano, y eso si las apruebo todas.

—Entonces no hay problema. Otra cosa no serás, pero lo que es empollón...

—Sí. —Pedro apoyó la mano en la mejilla y miró por la ventana—. Es lo único que he hecho en toda mi vida, empollar. ¿Y para qué?

—Pues... No sé. Tú sabrás. ¿Para convertirte en un hombre de provecho, un ciudadano útil y todas esas monsergas?

—¡Qué va! Para tener contentos a mis padres. Por eso. El Heavy y soltó un bufido.

—¿Y qué? Como todo el mundo. El jefe paga y hay que tenerlo contento. ¿No?

—Mis padres se han pasado la vida fardando de mí —añadió Pedro con tristeza—. «Pues mi Pedro ha terminado el curso con sobresaliente en todas las asignaturas. Pues mi Pedrito es un cerebro para las Matemáticas». Y ahora, mira, la primera vez que saco las patas del tiesto, van y me destierran.

—El otro día no parecías tan rebotado. De hecho, pensaba que estabas contento de irte.

—No me estás entendiendo. Lo de Madrid es lo de menos. Lo que de verdad me fastidia es la falta de confianza.

—Ya. ¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a convertir en un canalla, como un servidor?

Pedro le sonrió a su amigo.

—¡Venga, tío, que ya nos vamos conociendo! Tú de canalla no tienes más que la pinta. Pero tranquilo, que no se lo voy a contar a nadie. —El muchacho volvió a asumir un semblante serio—. Tampoco es eso. Pero he llegado a la conclusión de que los libros no lo son todo. Hay tantas cosas que hacer... ¡Voy a disfrutar de la vida, joder!

El Heav y soltó una carcajada y levantó su taza de café.

—¡Brindo por eso! ¡*Carpe diem!*

—¿Eh? —dijo Pedro con la boca abierta.

—Es latín. Quiere decir «¡que son cuatro días!».

—¡Pues eso mismo! Oye, ¿por qué miras tanto el reloj?

¿Tanta prisa tienes por que me largue?

El Heav y se hizo el desentendido.

—¿Cómo? ¡No! Es que... —Entonces miró hacia la puerta y su rostro se iluminó—. ¡Vaya, por fin! Aquí llega mi regalo de despedida.

Pedro giró la cabeza y pensó que los ojos le engañaban cuando vio a Lola aproximarse a mesa. Llevaba puesto un vestido azul muy ceñido, con falda corta, y su melena suelta flotaba tras ella. Era lo más hermoso que el muchacho había visto en su vida.

—¡Te voy a matar, cabrón! —le dijo al Heav y entre dientes.

Su amigo respondió a la amenaza con una sonrisa cómplice.

—¡Uf! Perdonad, tíos. Pensaba que no llegaba.

Pedro buscó desesperadamente algo que decir.

—¿Qué te pido? —fue cuanto se le ocurrió.

—Nada —dijo la muchacha tomando asiento—. He venido a darte las gracias.

—¿Gracias? —preguntó Pedro confuso—. ¿Por qué?

—Porque eres el primer tío que se pega por mí. O por mi culpa, mejor dicho

El muchacho se puso colorado y bajó la vista.

—¿Te lo ha contado este?

—Pues claro —dijo el Heav y respondiendo por la muchacha—. ¿Es que no sabes que todos los alcahuetes somos además unos cotillas? Hasta los alcahuetes fracasados,

como yo.

Lola rió de buena gana. Pedro, en cambio, enrojeció más todavía.

—No me des las gracias por eso. Estaba borracho e hice el idiota.

—Todos hemos hecho muchas idioteces últimamente —dijo Lola, y añadió—: Lo único que quería era estar segura de que no te ibas mosqueado conmigo. ¿Sabes, Pedro? Yo te quiero un montón.

—Como amigo, claro —dijo el muchacho con un hilo de voz.

—¿Es que hay una forma mejor de querer a alguien?

Pedro levantó la cabeza. Sus ojos relucían y en su cara se había dibujado una gran sonrisa.

En ese momento los altavoces anunciaron que el tren de Pedro estaba a punto de entrar en la estación.

—Me voy —dijo el muchacho levantándose—. Mis padres deben estar pensando que me he escapado o algo así. ¡Eh, quietos! —exclamó al ver que el Heavy y Lola pretendían acompañarlo—. ¡Ni se os ocurra venir al andén a despedirme!

—Entonces, adiós —dijo Lola, y le dio un largo y cálido beso en la mejilla.

Ambos muchachos se miraron durante unos segundos. Por primera vez en toda su vida, el Heavy se dio cuenta que se había quedado sin palabras.

—¡Venga, tío! —dijo Pedro abriendo los brazos—. Si no nos ve nadie.

Instantes después, los dos amigos se fundían en un apretado abrazo.

* * *

Cuando Lola y el Heavy enfilaban la larga avenida de la estación, el sol estaba a punto de ponerse. La tarde era agradable, casi totalmente primaveral. El invierno y sus rigores habían quedado por fin atrás. Apenas se veían transeúntes. Todavía faltaba más de una hora para que las hordas del fútbol abandonaran el estadio y se desparramaran por el corazón de la ciudad. Las calles, los edificios, los árboles, todas las cosas

aparecían transfiguradas bajo aquella luz dorada que les confería un aire de novedad, como si no fueran las mismas de todos los días. Los dos jóvenes caminaban en silencio, contemplando sus sombras alargadas moviéndose ante ellos. El Heavy reparó en que en algunos momentos ambas sombras se unían para formar una sola. Por algún motivo, aquello le gustó.

En cierto momento se cruzaron con un matrimonio entrado en años.

—¡Menudos pelos! —oyeron decir al hombre—. No se sabe quién es el tío y quién es la tía.

El Heavy se volvió con la intención de replicarle algo, pero se detuvo cuando Lola lo tomó del brazo. «¿Por qué no me suelta?», se preguntó el muchacho al cabo de unos instantes.

—A ti también quería darte las gracias —le dijo la chica suavemente.

—¿Y eso?

—Por lo del otro día. Por dejarme tu hombro para llorar.

—¡Pues vaya cosa! Por cierto, se me olvidó felicitarte por tu santo.

—¡Ah! ¿Pero era mi santo?

—¡Claro tía! Viernes de Dolores.

—¡Bah! —dijo la muchacha mientras asía el brazo del Heavy con la otra mano y reclinaba la cabeza sobre él—. En mi casa no celebramos los santos. No somos muy religiosos, ¿sabes? Me acuerdo que cuando era pequeña celebrábamos el 14 de abril. Pero ahora ya ni eso.

—¿El 14 de abril? —preguntó el Heavy incapaz de centrarse en la conversación. No en vano el contacto de la muchacha le provocaba cosquilleos por todo el cuerpo.

—Sí, el día en que se proclamó la Segunda República.

—Ah, sí... Entonces, ¿sois de izquierdas en tu casa?

—Eso dice mi padre.

El muchacho sintió deseos de darse de bofetadas. «¡Seré mamón!», pensó. «Vaya un momento he elegido para hablar de política».

Ambos volvieron a guardar silencio. El Heavy aspiró el delicado perfume del pelo de Lola y notó sus nítidos pechos apretados contra su hombro. Estaba muy nervioso. Casi temblaba. Por fin, tras unos instantes de vacilación, se liberó

con suaves movimientos del abrazo de la muchacha. Lola lo miró decepcionada, aunque recuperó la calma al notar que el Heavy deslizaba el brazo por su cintura y la apretaba con fuerza.

—¿Te importa? —le dijo no muy seguro aún del terreno que pisaba.

—No, tonto —respondió ella con un suspiro, mientras estrechaba al Heavy contra su cuerpo.

«¿Lo digo o no lo digo?», se preguntó éste.

—¿Sabes una cosa, Lola? —dijo por fin.

—¿Qué?

—Creo que este puede ser el principio de una hermosa amistad.

f i n

SOBRE EL AUTOR

ELOY M. CEBRIÁN (Albacete, 1963) estudió Filología y es profesor en un instituto de su ciudad natal. Su actividad literaria abarca la novela para adultos y la narrativa juvenil. Para los jóvenes ha escrito *Bajo la fría luz de octubre* (Premio Jaén), *Bucéfalo*, *memorias del caballo de Alejandro*, *Operación Beowulf* y *¿Por qué se fastidia todo al cumplir los 17?* En cuanto a su producción para adultos, destacan las novelas *El fotógrafo que hacía belenes* (Premio Francisco Umbral), *Los fantasmas de Edimburgo, Madrid, 1605* (escrita en colaboración con Francisco Mendoza), y su continuación, *Madrid, 1616*. Recientemente ha publicado *El juego de los muertos*, su primera novela de género de terror-fantástico. Como autor de narrativa breve ha recibido numerosos galardones. Sus relatos se han recogido en los libros *Las luciérnagas y 20 cuentos más* y *Comunión*, y figuran en importantes antologías del relato español contemporáneo. Sus colaboraciones semanales en prensa han aparecido recopiladas en los dos volúmenes de la *La Ley de Murphy*. Es, además, traductor literario ocasional y codirige la revista de creación literaria *El Problema de Yorick*.

Más información en www.elaymcebrian.com

Contacto: elaymcebrian@hotmail.com